

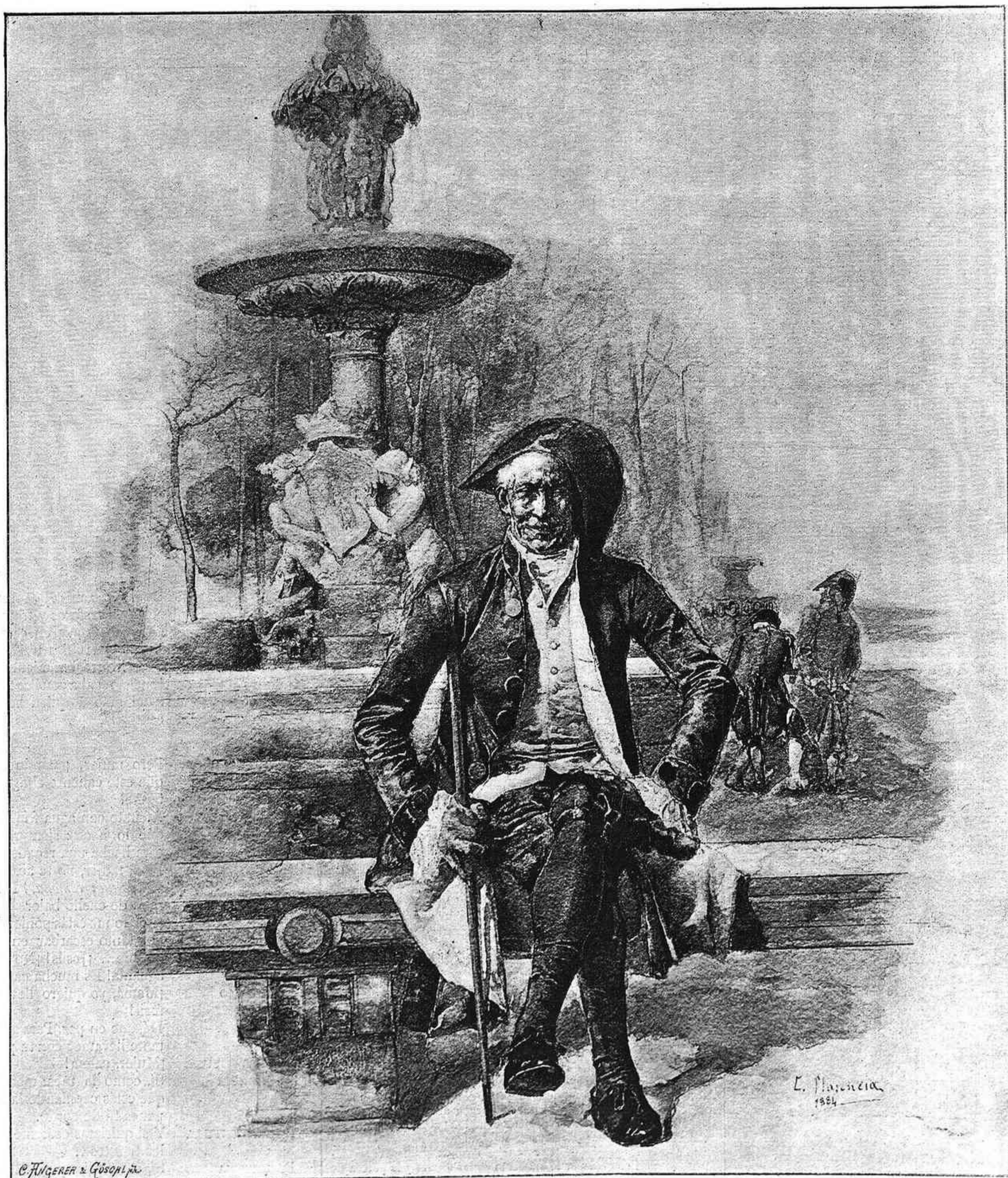
ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 8 DE MARZO DE 1886→

NUM. 219

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN VIEJO VERDE, copia de una acuarela de C. Plasencia

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—Una excursión dominguera, por don Marcos Calvo y Bustamante.—Nido escurbado... familia disuelta (continuación), por don J. Ortega Munilla.—La gallega, por doña Emilia Pardo Bazán.—Paisaje, por don Francisco Giner de los Ríos.—Las primeras rosas, por don Benito Más y Prat.—Crónica científica.—Viaje a Filipinas (continuación), por el Dr. J. Montano.

GRABADOS.—Un viejo verde, copia de una acuarela de C. Plasencia.—Les égoutiers, cuadro de R. Ribera.—Un drama en el desierto, cuadro de E. Kaemp Her.—La noche de San Juan, cuadro de J. Bretón.—Pescadores con anzuelo, dibujo de Jiménez.—El Azud, dibujo de J. María Marqués.—Grupo escultórico para servir de remate al Arco de Triunfo de París (boceto de A. Falguiere).—Sileno moderno, copia de una pintura de E. Sala.—Pelando la pava, cuadro de García y Ramos.—Derecho de primacía, copia del cuadro de Guido de Maffei.—Ora pro nobis, cuadro de Domingo Morelli.—¿Me lo cuenta V. á mí?... dibujo de A. Fabrès.—¡Absuelto!... cuadro de Fernando Brutt.—Grupo de figuras, ejecutado con arcilla, por Federico Leighton.—El curioso impertinente, dibujo á la pluma de L. Maróhs.—Otoño, copia del notable cuadro de G. Oeder.—Resaca, apunte de Guillermo Diez.—Victoria, busto en mármol por Feraze.—El día del Señor, cuadro de J. Scheurenberg.—Cabeza de anciano, de Leonardo de Vinci.—La Madona del Gran Duca.—Estudio, de Alberto Durero.—Carruaje de vapor de M. Bollé.—Alumbrado por el gas natural en Pensilvania, ceramitas de Pittsburg.—Interior de una cabaña bicola.—Moros-Moros, comedia y baile en el teatro de Albay.

NUESTROS GRABADOS

UN VIEJO VERDE, acuarela de C. Plasencia

Véanle Vds... Tan coquetón y tan calaverilla como siempre, con todo y peinar canas, ó mejor dicho, no peinar canas ni otra suerte de pelo.

Así lo veía un día y otro el célebre D. Ramón de la Cruz; ocupante impertérrito de un banco de piedra en el Prado madrileño, sonriendo maliciosamente á las pasiegas y á las majas, dispuesto á desempeñar el entonces común papel de cortejo y sosteniendo que los jóvenes menores de sesenta años eran unos enclenques incapaces de cosa de provecho. El obsequiaba con panales á las niñeras y amas de leche, él frecuentaba los tendidos en compañía de chisperos y mozas de garbo, él asistía á todos los corrales en que actuaban cómicas frágiles y no se desdénaba de frecuentar los bailes de candil en que se jaleaba por lo fino.

Plasencia ha dado forma á ese tipo de que están llenos los argumentos del ilustre *saintetista*, y aun cuando ni el pintor le ha conocido, por fortuna suya, ni nosotros tampoco, por suerte nuestra, así debió ser ni más ni menos, en los buenos tiempos del Sr. D. Carlos IV, que es cuando los viejos verdes han sido más verdes y más ridículos. En la edad presente el tipo tiende á disminuir: no diremos que se ha extinguido la casta, porque la de los tontos es inextinguible; pero al presumido seductor de Plasencia ha reemplazado el banquero, que, en materia de conquistas, acepta la teoría del célebre monarca macedónico: no hay fortaleza inexpugnable si se puede hacer penetrar en ella una acémila cargada de oro.

LES ÉGOUTIERS, cuadro de R. Ribera

El título de esta composición no tiene palabra equivalente en castellano, sin duda porque tampoco tienen equivalencia ó analogía las cloacas de París con las cloacas de España. Los *égoutiers* son aquellos hombres que, con buena ó mala intención, viven ó trabajan en los inmundos receptáculos de las aguas sucias y pluviales. Esta clase de seres son ciertamente bien poco artísticos; pero la notable ejecución realista que ha impreso en su obra el Sr. Ribera, recomienda para ella el honor de la popularidad.

UN DRAMA EN EL DESIERTO, cuadro de E. Kaemp Her.

Raras veces un pintor ha conseguido mayor efecto empleando menos suma de medios. Ningún objeto ajeno á la escena representada, ningún detalle, distrae la vista del drama que tiene lugar en el desierto.

El cazador de leones ha hundido su lanza en la garganta de la fiera; ésta es implacable en su odio; pero á punto de dar muerte á su enemigo, faltan las fuerzas; las fauces abiertas para devorar, dan paso al estertor de la agonía.

La simplicidad con que está ejecutado el asunto, contribuye poderosamente á la impresión que produce. El autor ha despreciado en este cuadro los recursos vulgares, fiándolo todo á su fuerza de ejecución. Esto no es dable á las vulgaridades; la sobriedad en los medios empleados está en razón directa de la potencia del artista.

LA NOCHE DE SAN JUAN, cuadro de J. Bretón

El autor de este lienzo es dos veces poeta, cuando escribe y cuando pinta. Tiene compuesta una poesía descriptiva del asunto á que se refiere este cuadro y sobre ella ha basado la escena que en aquél se representa, escena común á todos los pueblos y á la cual se entregan con gran confianza las niñas casaderas, ni más ni menos que si San Juan fuera un casamentero de profesión. El artista ha dado á su obra una animación extraordinaria, justificando una vez más cuán digno es de la doble corona que le han ceñido la poesía y el arte.

PESCADORES CON ANZUELO, dibujo de Jiménez

Tres tipos sicilianos reproducidos con verdad suma. Dícese que los pescadores con anzuelo dan pruebas de una paciencia inagotable. El autor de nuestro dibujo, á quien no le debe escasear cuando tan buen estudio ha hecho del tipo, ha plantado, como si dijéramos, tres mojoneros en el mar. En él se pasarán horas y más horas aguardando á que el pez pique, y lo que picará más probablemente es un sol bastante y sobrado para darles un tabardillo.

EL AZUD, dibujo de J. M. Marqués

Hace tiempo que venimos pronosticando el glorioso porvenir que aguarda al joven pintor tortosino: cada una de sus obras nos confirma más y más en nuestra opinión, porque en cada una de ellas observamos un adelanto. Marqués no tiene escuela especial, por la sencilla razón de que puede decirse de él que no ha tenido maestro. No es esto, sin embargo, bastante exacto: el maestro de nuestro artista es un maestro infalible, pacientísimo, de caudal inagotable, en cuyo estudio se han formado los grandes artistas todos: se llama la Naturaleza.

Marqués la contempla, la saborea, la siente; y en este estado de observación y de inspiración la reproduce, unas veces tal como es realmente, otras veces tal como la ven sus ojos de artista, bella ó embellecida; pero siempre natural, verdadera, animada por su propia fuerza de vida, llena de ambiente, de luz y de armonía.

Ejemplo el dibujo que publicamos: este paisaje no puede confundirse con una fotografía; entre esos árboles cruza el aire, de ese azul salta el agua que vemos correr rápidamente, espumosa, mugidora; esos árboles se balancean muellemente; es la naturaleza funcionando y en este estado sorprendida por el artista.

Continúe Marqués por tan buena senda; observe mucho, estudie mucho y, sobre todo, no cambie de maestro.

SILENO MODERNO, copia de una pintura de E. Sala

Dícese que el Carnaval autoriza muchas libertades. Esto podrá ser cierto, pero no es menos condenable, cuando la libertad degenera en licencia y el licencioso no es ya un estudiante barbilampión, cuya cabeza han exaltado bien el alcohol del *fine-champagne*, bien los ojos, más incendiarios aún, de alguna pierrotina sentimental ó titi frágil.

Pero cuando se trata de un hombre serio, baquetead y á quien ya no abona la menor edad, ni el Carnaval ni la Cuaremas excusan su ridículo proceder. La mejor manera de curar sus excesos es reproducirle, como en un espejo, para que se contemple á sí mismo cuando haya pasado la borrasca. Esta obra meritoria ha llevado á cabo el autor de nuestro cuadro: si con ella no se alivia, tiene necesidad de ingresar en el hospital de incurables. Por la ejecución del asunto felicitamos de todas veras al señor Sala, uno de nuestros más notables coloristas.

PELANDO LA PAVA, cuadro de García y Ramos

Esta composición de costumbres andaluzas está hecha con conocimiento de causa; su autor debe haber presenciado más de una vez la escena que representa. Tiene sabor local, y si la decoración es característica, las figuras tienen todo el aire de los hijos de esa excepcional región española. El cuadro del señor García y Ramos es con justicia merecedor del aplauso de todos los inteligentes.

DERECHO DE PRIMACÍA,

copia del cuadro de Guido de Maffei.

El autor de este cuadro, uno de los discípulos más sobresalientes de la Academia de Munich, ha alcanzado merecido renombre por el inimitable acierto con que en sus lienzos reproduce las más variadas especies de las faunas terrestre y aérea. Por la inteligencia y verdad con que pinta las aves de plumajes más variados así como los cuadrúpedos de más abigarrado ó espeso pelaje, se le considera como hábil especialista en este género. El grabado que hoy publicamos, copia de uno de los últimos lienzos de este aventajado artista, prueba hasta qué punto es fundada la justa fama de que goza en su país el Sr. Maffei. Por lo demás, creemos ociosa toda explicación del asunto en que el pintor se ha inspirado, pues basta examinar un momento el grabado para comprender por la actitud expresiva de los animales la causa que motiva la reclamación del *derecho de primacía*.

ORA PRO NOBIS, cuadro de Domingo Morelli

Esta verdadera obra de arte respira sentimiento; pero un sentimiento profundo y que pudiéramos calificar de erudito. Con efecto, la Virgen se apoya ó se levanta de entre un grupo de flores: su semblante es hermoso, pero de una hermosura no exenta de tristeza, como la del divino niño que estrecha entre sus brazos. Parece que ambos tienen el presentimiento de su destino. El Jesús de Morelli no es, tampoco, un niño sonrosado y molletudo como le pintan artistas vulgares; al contrario, es una de esas criaturas en las cuales domina la inteligencia sobre la materia, cuya vida se halla concentrada en los ojos y cuya actitud de brazos diríase que preludia el futuro suplicio.

Este cuadro, bien concebido y ejecutado á conciencia, fué adquirido por la princesa Sirignano, y es una de las joyas de su galería de París.

¿ME LO CUENTA V. Á MÍ?... dibujo de A. Fabrès

En el patio de una casa que dista mucho de ser un palacio, ha colocado Fabrès una deliciosa pareja, rica de juventud, palpante de verdad, saturada de intención. Que el joven requiebra á la doncella, está á la vista; que la muchacha no se traga el anzuelo, lo dice harto claramente la expresión de incredulidad que denota su semblante. Por lo demás son jóvenes y juegan con el amor... Milagro será que existiendo en contacto fuego y estopa, no se produzca una llama.

Esta composición es notabilísima por la naturalidad de sus personajes, ejecutados con la delicadeza, cariño y perfección que Fabrès imprime á todas sus obras. Nuestro compatriota posee el don de reproducir como pocos la parte íntima, la nota dominante del sentimiento de sus personajes: ninguno que los examine puede equivocarse; antes bien cuanto más se fija la vista en ellos, van adquiriendo relieve mayor y aquella nota vibra con tal fuerza, que ni profanos ni entendidos pueden confundirla con otra alguna.

¡ABSUELTO!... cuadro de Fernando Brutt

Un acusado político ha comparecido ante sus jueces: al pie de la escalera del palacio en que el tribunal se reúne, una mujer joven y apenada, una criatura inocente y angelical, tienen fija la vista en la puerta que da paso á curiales, litigantes y curiosos. Arriba se decide de la libertad de un hombre: abajo agonizan su esposa y su hija.

Trascurrieron minutos largos como horas y horas largas como días... De pronto un hombre, joven y pálido de emoción, se precipita por la escalera, y un momento después el amor y la felicidad forman el grupo más interesante que puede concebir un corazón sensible.

El cuadro de Brutt es una obra magistral: ajustado á la más estricta verdad, está saturado de poesía: la satisfacción con que se contempla es de aquella que hace arrancar lágrimas á los ojos de toda persona sensible.

GRUPO DE FIGURAS DE ARCILLA, de Federico Leighton

Federico Leighton, cuyos trabajos se distinguen por la corrección del dibujo y la naturalidad de las formas, debe este resultado á su método especial, consistente en moldear en arcilla las figuras de sus modelos, para estudiarlas después con el detenimiento que debe conducirse á la mayor perfección de su obra. Nuestro grabado representa uno de los grupos de ese aventajado artista, grupo verdaderamente escultórico que, por lo exquisito de las formas y la pureza de los contornos, llama la atención de los inteligentes.

VICTA, busto en mármol por Feraze

Entre las obras más notables debidas al cincel de este hábil escultor italiano, que á pesar de su juventud se ha dado á conocer ya ventajosamente, figuran en primer término sus bustos ideales, algunos de ellos expuestos últimamente en Londres. El que más ha llamado la atención de los inteligentes es el que lleva por título *Victa*, del cual reproducimos una copia en nuestra ILUSTRACIÓN. Este busto,

de tamaño algo mayor que el natural, es de una mujer de nobles facciones y altiva mirada, en la cual el artista parece haber querido representar á Polonia vencida, por cuyo motivo se la ha dado el nombre que lleva. Nada más acabado que esta obra maestra, en la que se creería reconocer la influencia de Miguel Angel y el armónico conjunto de Venus de Milo; si no fuera porque sus formas tienen cierta voluptuosidad impropia del tipo que el autor ha querido idealizar.

EL DÍA DEL SEÑOR, cuadro de J. Scheurenberg

Nos cabe la satisfacción de poder incluir entre nuestros grabados una copia del encomiado cuadro del pintor alemán Scheurenberg, cuyas obras son tan apreciadas. De las condiciones artísticas de este lienzo, únicamente debemos decir en su elogio que la acreditada revista *El Arte para todos* ha publicado recientemente una copia de él, y ya es sabida la escrupulosidad con que esta publicación da acogida en sus páginas á las reproducciones de las obras contemporáneas.

CABEZA DE ANCIANO, de Leonardo de Vinci

Leonardo de Vinci es sin disputa uno de los príncipes de la escuela pictórica italiana. A una potencia de concepción altísima y á una forma intachable, unía un talento analítico evidenciado en todas y cada una de sus obras. La que hoy publicamos, que es de admirar en el Museo Británico, demuestra hasta qué punto se complacía en aumentar dificultades para vencerlas á fuerza de talento.

Así, en esa cabeza de anciano suprimió el gran Leonardo todo accesorio que pudiera disminuir la importancia del estudio; pelo, cabello, cuanto tendiera á ocultar la osamenta, que resulta neta y tan bien entendida como pudiera estarlo si se hubiera ejecutado bajo la dirección del más consumado profesor de anatomía. Los inteligentes admiran esta obra y la consideran un modelo de estudio y de talento. Muy bien debía parecerle, asimismo, á su autor cuando la produjo en varios de sus lienzos.

LA MADONA DEL GRAN DUCA

Este grabado representa un bosquejo del cuadro que admiran los amantes de las artes en el palacio Pitti de Florencia. Es un lienzo de reconocido mérito y gran valor, que tiene marcadas afinidades con la factura de Leonardo de Vinci. Si no se debe, realmente, á este autor, no cabe duda en que debió serlo algún maestro eminente de la escuela florentina.

UNA EXCURSIÓN DOMINGUERA

(Cuadro de familia)

Llegó por fin el domingo tantas veces anunciado por don Buenaventura, y con tanta impaciencia esperado por su mujer y sus hijos. El sol, bostezando por detrás de las sonrosadas cortinillas del balcón de la aurora, parecía prometer al mundo un apacible calor primaveral, y á nuestros amigos un buen día de Aranjuez, cuando doña Prudencia, llena de su nombre, dejaba el lecho para preparar lo necesario. Poco después que ella empezase á poner la blusa de gala á Ricardito, metía D. Buenaventura piernas y barriga en los pantalones que el sastre del portal arregló dos días antes, y Amalia, ajustándose la bata de percal, levantaba la cortinilla del balcón de la sala para ver si estaba de llover, según decía, ó para observar si había llegado Alfredo al portal de enfrente, según para sus adentros deseaba.

Empezaron entonces los preparativos formales: D. Buenaventura corría en mangas de camisa de una parte á otra; encendía doña Prudencia con fósforos y trapos la lumbre para el chocolate, que debían tomar en casa por economía; y Amalia se arreglaba las rubias trenzas de modo que pareciese que estaban sin arreglar; mientras Ricardito, pegando patadas en el suelo, regaba con llanto un arañazo, demostración pacífica del gato á quien se empeñó en poner en dos pies de centinela.

BUENAVENTURA. Pero mujer, ¿cuándo querrá Dios que esté caliente el agua para afeitarme!

PRUDENCIA. Afeitate con agua fría. Para lo bien que lo haces: siempre vas con la cara hecha una regadera de sangre.

BUENAVENTURA. Bien, mujer, no te acalores. (*Revolviendo una cómoda.*) Pero, ¿y la camisa de cuello bajo?

PRUDENCIA. ¡Buena me estás poniendo ese cajón con tanto escurbar en él! Quitate, porque... ¡Jesús! ¡No sé como una aguanta! Es mucha casa esta.

RICARDITO. ¡Mamá, yo quiero llevar el ros y el fusil!

PRUDENCIA. Déjame en paz. Para adesios, bastante llevamos con tu padre.

BUENAVENTURA. ¡Mujer, calma!

PRUDENCIA. Sí, como la tuya: media hora hace que estás cepillando la levita. Así te pones tú de gordo.

BUENAVENTURA. Y si quisieras coserme un botón de los tirantes...

PRUDENCIA. Sí, entre prisa y prisa...

BUENAVENTURA. Pero hija, se me van á caer los pantalones en la calle.

PRUDENCIA. Ponte un alfiler. Ahora estoy muy ocupada. ¡Pobrecito! ¡picarón! que tiras todos los cañamones. (*Leñando el conedero al canario.*)

BUENAVENTURA. Me parece que nos va á hacer buen día; en los jardines de Aranjuez estará delicioso

PRUD. Eso es lo que tú sientes: si en lugar de ir con tu mujer y tus hijos fueses con alguna perdida...

BUENAV. ¡Ave María Purísima! ¡mujer, qué cosas tienes!

PRUD. ¿Llaman? Amalia, ves á abrir.

AMALIA (*Desde la alcoba.*) No puedo, mamá, que me estoy vistiendo.

PRUD. Abriré yo: ¿quién? (*Asomando al ventanillo.*) No señor: ya podía usted haber visto que este es el segundo. ¡Insolente! ¡mala lengua! Buenaventura, sal con un palo, que ese hombre me ha llamado vieja.

BUENAV. Déjale, mujer, que después de todo no eres ninguna chiquilla, y al fin y al cabo...

PRUD. ¡Majadero! Otra vez la campanilla. Si quisiera Dios que se os cayese en la cabeza.

BUENAV. Me parece que es el aguador. ¡Pícaro zapatero! ¡vaya unas botas! nada, no entran: tendré que llevar las viejas.

PRUD. (*Al aguador que sale con la cuba vacía.*) Ya podía V. haber venido más temprano, lo tengo dicho cien veces.

AGUADOR Tuvimos fuego esta noche, y llevarunnus los cívicos de aquí para allá.

Estos razonamientos tenía la familia, y estando por fin todos preparados para la expedición, fuéronse acercando hacia la puerta. Doña Prudencia había dejado al gato comida para todo el día, y de las llaves de la casa pensaba encargar al tocinerero de enfrente, que era hombre de confianza. No hay que decir, por supuesto, que Ricardito llevaba el ros de cartón y el sable de hojalata: mis oyentes saben que cuando los niños se empeñan en una cosa, son como los periodistas de oposición cuando empiezan á asegurar que hay crisis: por más azotes que lleven unos y otros, aquellos se salen con su capricho y estos hacen bambolearse el gabinete más enganchado en la poltrona.

— Muy de prisa tenemos que andar para llegar á tiempo, — decía D. Buenaventura, mirando el reloj.
— Si tú no fueras tan posma, — contestaba su mujer, — tiempo nos hubiera sobrado.
— Pero si he concluído antes que tú.
— ¡Eh! basta. Mira, aquí hay un coche, vamos á tomarle.



LES ÉGOUTIERS, cuadro de R. Rivera

— ¡Hija! ¡una peseta más! ¡no aumentes los gastos!
— Qué gastos ni que... En un día como hoy es preciso ser generosos; y así también verán las del escribano de enfrente que vivimos como las personas de tono.
Convencido D. Buenaventura por el modo con que su mujer pronunció aquello del tono, dejóse llevar á la portezuela del coche. Viólos abrir el cochero inmóvil en su

puesto, pero al oír la voz de D. Buenaventura que decía «al ferrocarril» en acento de amo, contestó con la misma imperturbable serenidad: «está alquilado, señoritu.»

— ¡Cómo! — exclamó doña Prudencia; — ¿y esa bandera no dice «se alquila?»

— Es que olvidóseme quitarla.

— Anda, Buenaventura, arriba: — siguió Prudencia, empujando á su marido, — y dejémos de cuentos.

— ¡Pero señurita, si está tan léjos y son tantos!

— Yo te daré propina, — interrumpió nuestro padre de familia, añadiendo en voz baja con un suspiro: ¡otros cuatro cuartos más! ¡cuánto gasto inútil!

— Mamá, — gritaba Ricardito, — yo quiero ir en el pescante; yo quiero el látigo para arrear el caballo.

En fin, acomodáronse todos, y echaron á andar camino de lo que fué puerta de Atocha.

Se me olvidaba decir que detrás de nuestro coche iba otro. Por la ventanilla de éste asomaba de vez en cuando una cara con lentes y bigote, y por la del primero salía también al mismo tiempo la cabeza de Amalia, y aquella cara y esta cabeza se miraban con un gusto y un aquel, que me daban ganas de tener novia.

De repente, ¡oh dolor! sálese una rueda de su sitio y quédase el coche tumbado en medio del arroyo. Allí fueron las quejas de Prudencia, allí los lamentos de D. Buenaventura y los lloros de Amalia, hasta que un joven de lentes y bigote, ayudado de dos guardias civiles, los sacó de tan estrecha y maltratada cárcel.

Era preciso seguir á pie, y faltaba la mitad de la calle de Atocha. A los pocos pasos, aparece un señor de grave aspecto, dirígese derecho á D. Buenaventura y exclama:

— ¡Amigo mío! ¡cuánto me alegro de encontrar á V.! he estado buscándole para hablarle de un negocio hace dos semanas.

BUENAV. (*Con aire tímido.*) Ahora voy á Aranjuez y...

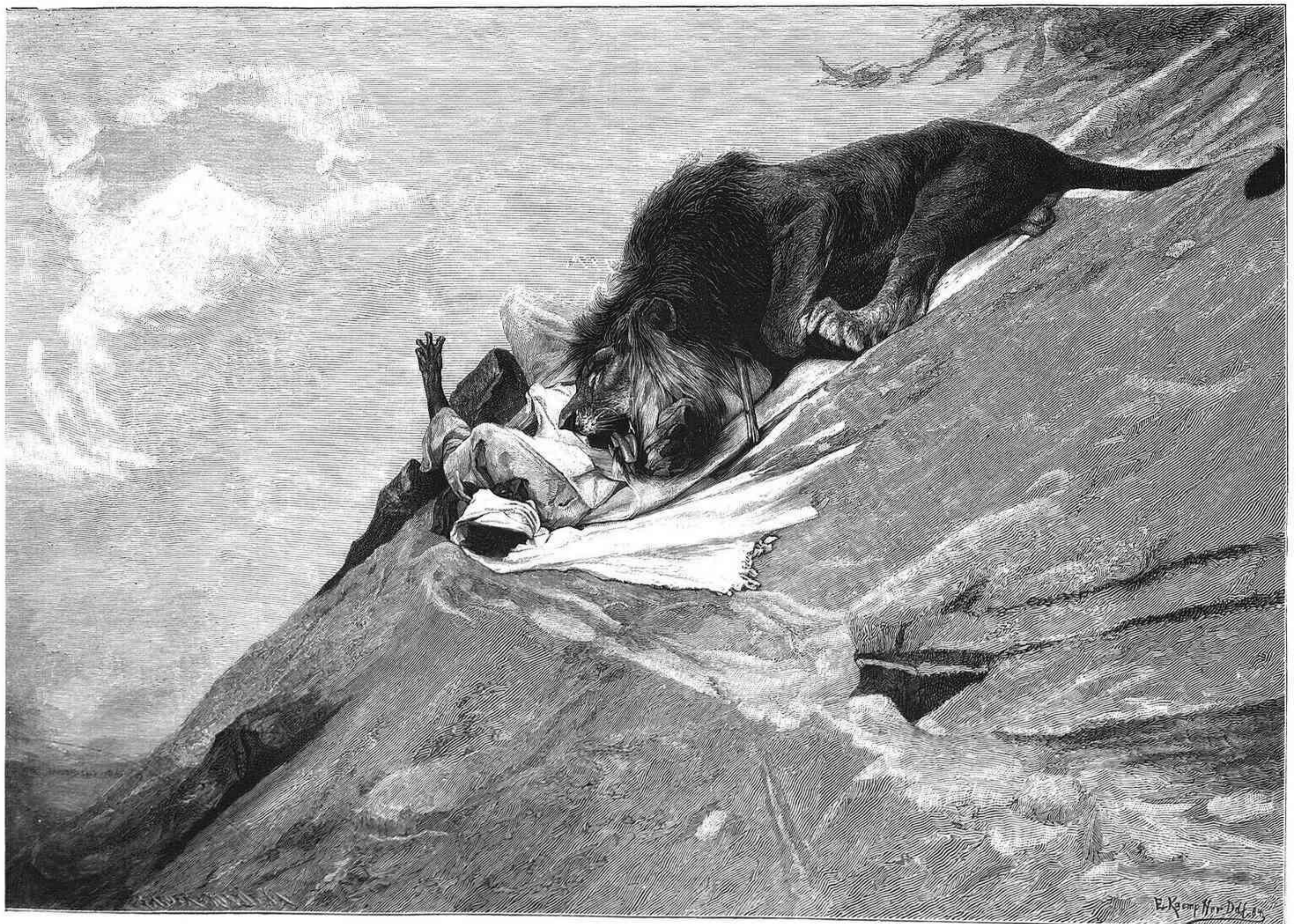
EL AMIGO Una palabra nada más, con permiso de la señora.

El amigo se lleva á parte á Buenaventura.

Pásase un cuarto de hora discutiendo acaloradamente.

Prudencia muerde el pañuelo y rompe el abanico; y Ricardito tira de la levita á su papá, gritando: que yo quiero ir al vapor.

Por fin se despiden. — ¡Jesús, creí que no acababas! — dijo doña Prudencia.



UN DRAMA EN EL DESIERTO, cuadro de E. Kaemp Her

— Mujer, ha sido mi jefe, ya ves tú que al cabo...

Escena final: delante de la estación del ferrocarril.

PRUD. — ¿Se oye una campana?

AMALIA. — Sí, estarán tocando a misa en Atocha.

BUENAV. — No: debe ser algún aviso: es en la estación. Apretemos el paso, no cierren el despacho.

RICAR. — ¡Ay papá! mira, mira, una máquina que sale, ¡qué bonito! ¡cómo corre! ¡cuántos coches lleva!

PRUD. — ¡Maldición! Ya se marcha el tren; por tí, por tí nos sucede eso.

BUENAV. — Bien, mujer; otro día iremos. Tableau.

Prudencia vuelve la cara hacia Madrid con un hocico de tres varas.

Buenaventura se sonríe con la expresión de un bienaventurado: Amalia mira de cuando en cuando al de los lentes, y Ricardito grita: «que yo quiero ir en el vapor.»

MARCOS CALVO Y BUSTAMANTE

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

— Sí, amigo mío; si V. quiere, porque yo he venido a Madrid exclusivamente para buscarle. No ignora usted, — añadió, resolviéndose a decir cuanto sabía, — la grande amistad que me une con su padre de V., cuántos favores

me ha hecho durante su vida toda. Por eso me ha confiado el encargo de buscar a V. y de...

— Me maravilla lo que V. dice. ¿Para cuándo ha guardado mi padre su ternura?

— ¡Ah, querido Angel! es V. injusto con su padre. El le ama a V. muchísimo y desea vivamente que regrese usted a su casa.

— Sí, ciertamente que eso sería muy dramático. ¡Representar la parábola del hijo pródigo! Mas si aquí no hay hijo pródigo, ¿cómo hemos de inventarle?

— Sus instrucciones respecto a este particular han sido concretas, — continuó Viladi, sin tomar acta de las amargas palabras del joven. — «Busca a Angel, me dijo; comunícale mi deseo de volver a verle. Y si no cede, si se obstina, si no acepta lo que mi carta le propone, entonces...»

— Entonces, le encargaría a V. que me pegase en su

— Lo ignoro... Pero, Angel, Angel! ¿Ha pensado usted bien en su situación? ¿Por qué empeñarse en labrar la propia desgracia?

— Así lo quiere el hado, — repuso Angel usando aquel tono de fina broma que acostumbraba a emplear.

— Me voy con el corazón destrozado, amigo querido.

— Hace V. mal. Eso consiste en que V. ve en mí un hombre miserable, sin alma casi, un ogro en quien jamás tuvieron arraigo los dulces sentimientos de la familia. ¡Ay Viladi! no es eso, no es eso.

— Ni yo le juzgo de esa manera. Sé que es V. un amable joven, un gran corazón; pero sé también que ahora confunde V. el sentimiento de la dignidad con una intransigencia poco cristiana... En fin, V. se ha decidido y fuera vano tratar de disuadirle... Su padre de V., que es hombre prevenido, me ha dado esta carta para usted.



LA NOCHE DE SAN JUAN, cuadro de Julio Bretón

nombre otra bofetada. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

— ¡Angel! — exclamó Vilad: poniéndose de pie. — Usted no olvida nunca los agravios.

— ¡Algunos jamás! — respondió con calma y serenidad suma Armengol.

Viladi volvió a sentarse.

— En el triste caso de que V. no acepte su perdón, me encargó le manifestase que está decidido a casarse.

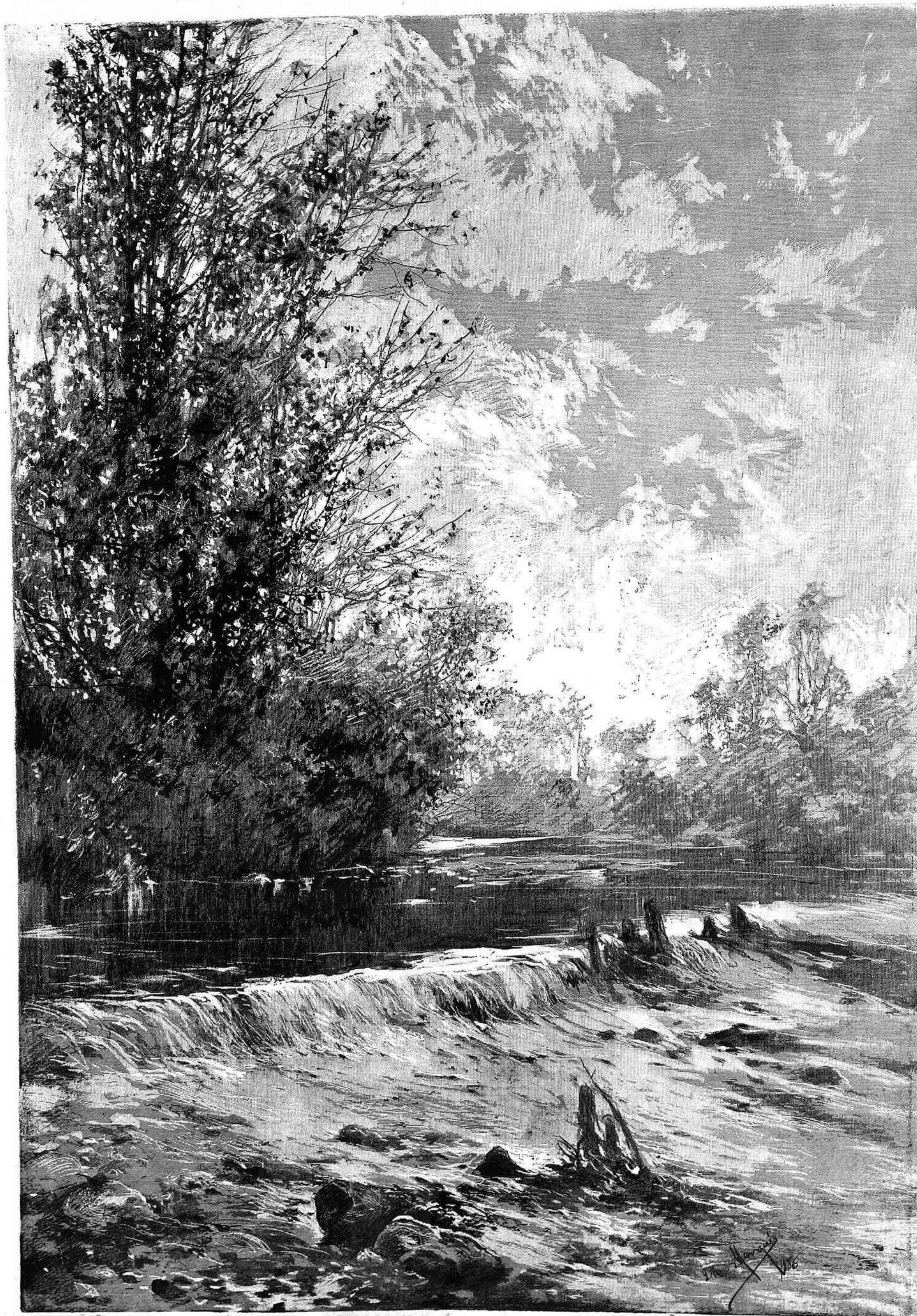
— ¿A casarse? sea enhorabuena.

— Vive solo, no tiene a su lado una persona con quien le ligen otros lazos que los del interés. Esto es horrible cuando ya blanquean las canas sobre nuestras sienes.

— Pues aplaudo su resolución. ¿Y quién es la feliz mujer?



PESCADORES CON ANZUELO, dibujo de Hector Jiménez



EL AZUD, dibujo de J. M. Marqués

—¿Otra carta?— exclamó Angel tomando la que le presentaba Viladi.

—Sí, una segunda carta.

—Vamos, un *ultimatum*, como se dice en términos de diplomacia.

—Y me marcho. Adiós, querido amigo, adiós. Creo innecesario repetir a V. mis ofrecimientos de siempre. Me inspira V. grandísimas simpatías. Adiós.

Angel estrechó la mano de Viladi y le acompañó hasta la salida de la escalera.

Cuando Viladi llegó a la calle lanzó un hondo suspiro de su pecho, y dijo:

—¡Qué corazón de hielo, Dios mío! ¡qué hombre de mármol!

El hombre de mármol rompió el sobre de la carta, pero como ya estaba oscureciendo, fué necesario que buscara una luz y la encendiera.

Entonces se aproximó a la mesa y leyó la siguiente lacónica misiva:

«Si Viladi te da esta carta, será porque ha agotado antes todos sus recursos para hallar entre las cenizas de tu amor filial, un resto, un solo resto que te hablara de tu padre. Adiós, hijo, adiós. Lo que has hecho es horrible. Has asesinado todas mis esperanzas.»

Mudo, pensativo y sombrío quedó Armengol cuando hubo leído el papel, y con los codos apoyados en la mesa y la cabeza en las manos permaneció un buen espacio de tiempo.

Después dió más luz al quinqué y buscó un libro en una pequeña maleta que había debajo de la cama.

Sentóse junto a la mesa y se puso a leer.

Aquel libro contenía las tragedias de Shakespeare.

Armengol abrió el libro por la parte donde estaba el Hamlet y fijó sus ojos en el sintético verso inglés:

Ser ó no ser; ésta es la cuestión!

VI

BATALLA.—MONÓLOGO

Aunque Armengol estaba dotado de una excelente naturaleza, con todo, las privaciones, las amarguras, los sufrimientos acabaron por echar por tierra la fábrica tan hermosa de su cuerpo sensible y delicado.

¡Quién le hubiera visto en la época á que vamos refiriéndonos!

Los cabellos de su cabeza se hallaban en un estado de descuido lamentable, así como su barba, antes tan relu-

ciente y pertumada. El color de su rostro tenía esa palidez mate y blanquecina que hace recordar la piel apergamada y sin vida de uno que dejó de existir. Los huesos se dejaban traslucir fácilmente bajo la fina epidermis que revestía sus miembros. Sólo dos cosas hacían simpático y hermoso á Armengol, resto de sus antiguos varoniles encantos: sus ojos, que con la fiebre habían tomado mayor fulgor y más profunda negrura, y su boca, cuya sonrisa era cada vez más dulce y cariñosa, á medida que daba un paso en el vía-cruce de la desgracia.

Por fin, no pudiendo nuestro joven soportar en pie el peso de su infortunio y su miseria, después de unos días de lucha horrible consigo mismo, decidió guardar cama y se dispuso á morir descontento de todo el mundo, á cuyas puertas había llamado con dignidad antes de su postrera resolución de abandonarse resignadamente al torrente de la inhumana desventura.

Pasó algunos días siendo víctima de la fiebre más contumaz que puede imaginarse. Nadie, si no era su conciencia pura y tranquila, le hacía compañía ni le prodigaba consuelos en medio de su soledad y abandono. Y aunque veía por momentos acercársele el fin de su existencia, no se curaba de ello, decidido como estaba á no transigir con ninguna cosa que menoscabara su orgullo de granito.

El se decía á veces en són de reproche:

—¿Pero no soy joven? ¿no poseo riquezas? Yo bien puedo trabajar en algún empleo digno que me proporcione lo suficiente para vivir; y si ésto no, ¿por qué no he de pedir á mi padre eso mismo que había de ganar con el sudor de mi frente, ya que tarde ó temprano todo lo que él posee habrá de venir á mis manos?

Mas á seguida que se dirigía interiormente estas preguntas, aparecía su vanidad, algún tanto disculpable por la educación especial que había recibido desde su niñez, respondiéndole en sentido siempre contrario, triste, abrumador y desesperante.

Armengol jamás pediría dinero alguno ni por nada del mundo á su padre, ni tampoco se avendría á solicitar, sombrero en mano, un destino, un empleo, un cargo que no había de desempeñar á conciencia por su falta de saber en este género de ocupaciones, y opuesto en absoluto á su carácter independiente, superior y nada rastroso ó rutinario.

Sus amigos no había para qué contar con ellos; desde que llevaba género de vida oscura y estrecha que hemos visto, no había echado los ojos encima de ninguno de sus antiguos camaradas. Y en cuanto á reclamarles algún auxilio, pensar tal cosa sería pensar lo imposible y lo absurdo, conocido como es el temple del alma del joven Armengol.

En tanto, su estado valetudinario se agravaba y no se le ponía remedio ni lenitivo. La fiebre amenazaba consumirle en pocos días, á semejanza de una fiera hambrienta que tiene entre sus fauces una pobre víctima desfallecida y moribunda.

Las noches las pasaba nuestro enfermo casi todas en vela. Una luz, puesta en un vaso de vidrio oscuro, proyectaba sobre la pared mil sombras confusas y fantásticas que venían á formar comparsa con los lúgubres pensamientos del calenturiento, despertando en su memoria recuerdos dulces y halagadoras esperanzas de otros tiempos.

Hacia ya seis días con seis noches que se encontraba en esta postración del alma y del cuerpo, cuando en la madrugada del que hacía el número siete oyó que llamaban suavemente á la puerta de su cuarto.

Al pronto creyó que sería una alucinación ó un sueño de su sobrecitada fantasía.

Pero llamaron por segunda vez.

¿Sería la muerte que había tomado forma sensible?



GRUPO ESCULTÓRICO PARA SERVIR DE REMATE AL ARCO DE TRIUNFO DE PARÍS (boceto de A. Falguiere)



SILENO MODERNO, copia de una pintura de E. Sala

VII

UNA OBRA DE CARIDAD

Angel puso atento oído á los golpes que por segunda vez, ya más distintos, daban en la puerta de su gabinete.

Incorporóse en el lecho para oírlos mejor; y habiendo sonado aquellos por tercera vez con más fuerza que antes, con voz debilitada y doliente, exclamó:

— ¿Quién es?

— Yo soy, vecino; no se moleste V., — contestó una voz femenina de dulce timbre y agradable entonación, al mismo tiempo que entreabría la puerta de la habitación del enfermo.

— Entre V., — repuso éste, picado algún tanto de curiosidad.

La mujer que se había titulado vecina, y que en efecto lo era, dió un paso adelante por el callejoncito que precedía al departamento que hacía las veces de dormitorio, comedor, sala de estudio y de recreo para el pobre Angel.

Era esta mujer, según lo que hasta ahora se puede columbrar á la luz de la mortecina lámpara del enfermo, aún joven, pues sólo contaba, al parecer, como unos treinta años, de regular cuerpo, algo gruesa, redonda de cara, agraciada, abandonada en los movimientos, lenta en los ademanes, de cabellos castaños, de ojos negros, de boca fresca, risueña, voluptuosa y con unas manos pequeñísimas y limpias, sólo comparables á sus pies menuditos como los de una niña y airosamente arqueados.

Iba vestida con toda sencillez, con demasiada sencillez; acaso no llevaba envolviendo su cuerpo más que la camisa interior y la bata de indiana á rayas, que la cubría exteriormente. Al menos tal podría presumirse por lo ceñido de los paños que se plegaban con cierta gracia sobre sus formas, dejando ver en todos sus contornos.

La vecina, sin duda alguna, por lo extraño é inoportuno de la hora en que venía á visitar á nuestro Armengol ó por otra causa cualquiera, daba muestras de haber estado, antes de tomar esta determinación, acostada en su lecho ú ocupada en vulgares oficios domésticos, pues que de pronto y tan á la *deshabille* se había presentado en el cuarto de nuestro héroe.

Este, al verla adelantar hacia él por la sala, llevado de un impulso de pudor, el cual siempre está bien visto en toda clase de personas, cubrióse con la colcha hasta el cuello y se colocó una almohada á sus espaldas para mantenerse sentado, en señal de respetuoso acogimiento á



PELANDO LA PAVA, cuadro de García y Ramos

aquella mujer que tan á deshora se le entraba por las puertas.

El pobre de Armengol no pudo permanecer un instante en esta nueva postura. Sintió que se le iba la cabeza, que toda la sangre reflúa con precipitación, y que un

frío glacial discurría por sus nervios quitándoles toda su extensión y agitándolos convulsivamente.

La transformación y lividez de rostro del joven y el temblor de su cuerpo no pasaron desapercibidos para la hermosa vecina.

— Acuéstese V., D. Angel, — dijo; — yo no vengo á que se moleste V. por nada, sino, por el contrario, á hacerle cuantos servicios le sean precisos...

Armengol le dió las gracias con un ligero movimiento de cabeza, la cual tenía apoyada sobre una mano continuando, no obstante lo dicho por la vecina, en la misma posición que al principio.

Esta, sin apercibirse de ello, prosiguió hablando.

— Ya hacía algunos días que no le veía á V. por ninguna parte. Al pronto creí que se había V. marchado de esta casa: mas esta noche me he convencido de que estaba equivocada. Llevada de la curiosidad, siempre viva en mí, mayormente desde que á cosa de las dos oí desde mi cuarto ciertas voces, que á no dudarlo era V. quien las daba tal vez en el delirio de la fiebre, me acerqué á esta puerta. Porque V. debe de estar malo. ¿No es verdad, D. Angel?

Angel respondió sólo con un suspiro.

Repuesto un poco, sacó el brazo derecho de debajo de las sábanas, y quitando los chismes que contenía la silla, que estaba junto á la cabecera de la cama, se la presentó á la buena de la vecina, diciéndole en tono afectuoso:

— Gracias, D.^a Antonia. Siéntese usted.

Doña Antonia, sin cumplimiento alguno, hizo lo que el joven le mandaba.

Ambos permanecieron por espacio de algunos minutos en silencio.

La hora, el lugar apartado, el silencio que reinaba en aquel sitio, el desorden de las cosas que percibía la vista, la desgracia cuyo imperio se dejaba sentir en todo aquel lugar, el espectáculo que ofrecían dos jóvenes solos, apenas conocidos el uno del otro, lo que el mundo pudiera colegir de esta extraña visita ó encuentro, todas estas cosas, en fin, creaban una situación embarazosa y violenta, para salir de la cual se necesitaba emplear un esfuerzo poderoso de una y otra parte.

Rompióse, al fin, el hilo por lo más delgado.

Doña Antonia, viendo que se prolongaba el silencio más de lo regular, se levantó de su asiento y baluceó estas frases, llenas de cierta displicencia al considerar el poco efecto de sus ofrecimientos:

— Sin duda no me ha comprendido usted. Armengol irguió á estas palabras su cabeza, dirigió sus ojos hundidos hacia la vecina, y haciendo un ademán



DERECHO DE PRIMACÍA, copia del cuadro de Guido de Maffei



ORA PRO NOBIS, copia del celebrado cuadro de Domingo Morelli



¿ME LO CUENTA V. Á MÍ?... dibujo de A. Fabrés, grabado por M. Weber

para que ésta se volviera á sentar, intentó pronunciar algunas frases; pero su extremado abatimiento le impidió decir lo que quería. La compasiva mujer se acercó entonces al enfermo, el cual apenas daba más muestras de sí que las que puede dar un moribundo.

Pasó su hermosa mano sobre la ancha frente del joven, la cual abrasaba como una esfera de fuego. La fiebre había llegado á su más alto grado. Ya no podía ser más intensa. El descuido y la miseria la habían acrecentado considerablemente.

La vecina, comprendiendo de un solo golpe la gravedad del caso, y ardiendo en un deseo vivísimo de salvar á aquel infeliz de una muerte segura, dejando á un lado escrúpulos de todo género, empezó á prodigarle todos los pequeños servicios que por el momento se requerían.

Le mulló un poco la cama, que la tenía bien dura; le arrojó con cuidado y afecto; y ya, al ir á echarle sobre la almohada, Armengol, escapándose de los brazos de Antonia que hasta entonces le habían retenido con amor mientras hacía las anteriores operaciones, dió un grito, la miró con ojos desencajados pero dulces, y exclamó:

— ¡Antonia! ¡Antonia! no puedo más... tengo sed, tengo hambre, tengo... ¡ay!

Y cayó desplomado sobre el lecho.

Antonia salió precipitadamente en busca de auxilio.

VIII

¿QUIÉN ES ANTONIA?

A los tres días:

— Vamos, reanímese usted, D. Angel.

— ¡Ay! señor D. Juan, si V. supiera cuán poco me importa la vida. Siempre la he tenido en poco, en la dicha como en la adversidad, lo mismo cuando estaba sano que ahora que me encuentro enfermo.

(Continuará)

LA GALLEGA

POR D.^a EMILIA PARDO BAZÁN (1)

Describirla á maravilla la musa del gran Tirso. La bella y robusta serrana de la Limia, amorosa y dulce como una tórtola para quien bien la quiere, colérica como brava leona ante los agravios, aun hoy se encuentra, no sólo en aquellos riscos sino en toda la región cántabro-galaica.

No obstante, región que es en paisajes tan variada, tan accidentada en su topografía, que tiene comarcas enteramente meridionales por su claro cielo, otras que por sus brumas pertenecen al norte, manifiesta en su población la misma diversidad, y posee tipos de mujeres bien distintos entre sí, marcados en lo moral y en lo físico con el sello de las diferentes razas que moraron en el suelo de Galicia, que lo invadieron ó lo colonizaron. Celtas, helenos, fenicios, latinos y suevos vivieron en él, y sus sangres, mezcladas, yuxtapuestas, nunca confundidas, se revelan todavía en los rasgos y apostura de sus descendientes. Pero hay un tipo que domina, y es el característico de todos los países en que largo tiempo habitó la noble raza celta: el de Bretaña é Irlanda. Donde quiera que se alce sobre las empinadas cumbres ó se esconda en la oscuridad de la selva el viejo dolmen tapizado de líquen por la acción de los años, hallará el etnólogo mujeres semejantes á la que voy á describir: de cumplida estatura, ojos garzos ó azules, del cambiante azul de las olas del Cantábrico, cabello castaño, abundoso y en mansas ondas repartido, facciones de agradable plenitud, frente serena, pómulos nada salientes, caderas anchas, que prometen fecundidad, alto y túrgido el seno, redonda y ebúrnea la garganta, carnosos los labios, moderado el reir, apacible el mirar. Es la belleza de la mujer gallega eminentemente plástica; consiste sobre todo en la frescura de la tez, blanca y sonrosada, no con la fría albur de las inglesas sino con esa animación que indica el predominio de la sangre sobre la bilis y la linfa, y en la riqueza y amplitud de las formas, que algunas veces se exagera y hace pesados sus movimientos y planturosa en demasía su carnación. No arde en sus ojos la chispa de fuego que brilla en los de las andaluzas; su pie no es leve, ni quebrado su talle; mas,



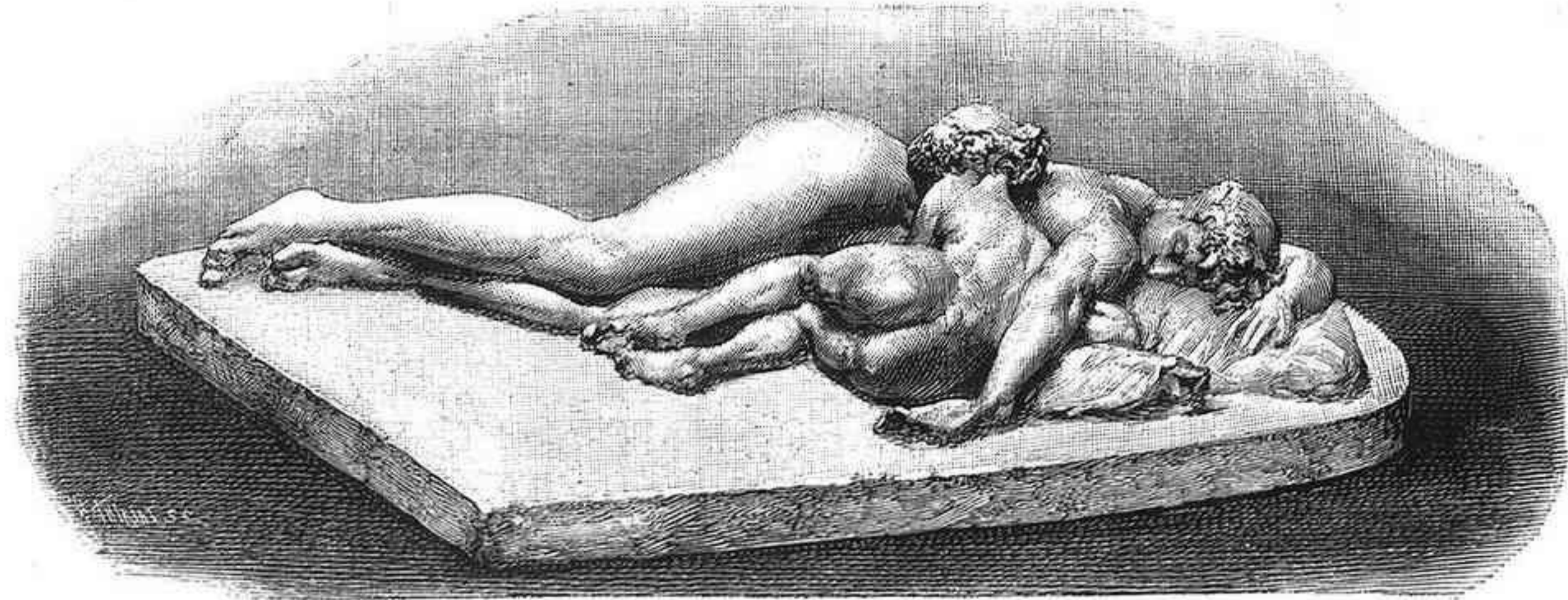
¡ABSUELTO!... copia del notable cuadro de Fernando Brutt

en cambio, el sol no logra quemar su cutis, y sus mejillas tienen el sano carmín del albaricoque maduro y de la guinda temprana.

Siempre que cruzo, en los flemáticos coches de la llamada diligencia, el trecho que separa á Lugo de León, me entretengo considerando el íntimo enlace que existe entre la tierra y la mujer, la relación que guardan los paisajes con las figuras que los animan. Conforme va quedándose atrás la provincia gallega, cesan de ser verdes los vallecillos, y herbosos los prados y frecuentes los arroyos; bórnanse los manchones de castaños, olmos y nogales;

desaparecen las blancas manzanillas y los amarillos tojos, y se presentan interminables y pardas llanuras, escuetas montañas salpicadas de fragmentos de granito, ó revestidas de negruzcas láminas de pizarra. Las últimas mujeres que recuerdan á Galicia son las que salen á ofrecer al viajero el vaso de aromática leche de vaca; mozas sucias, desgredadas, maltraídas por la intemperancia y el trabajo, pero femeninas aun en su hechura, tratables en sus carnes y no sin cierta lozanía en el rostro. Corridas algunas leguas más, al entrar por los tristes poblachones del territorio leonés, asómanse á las ventanas ó salen por las puertas de las casuchas, terrizas mujeres de enjuta piel pegada á los huesos, semblantes de recias y angulosas facciones, de color de arcilla ó ladrillo, cual si estuviesen amasadas con el árido terruño ó talladas en la dura roca de las sierras.

No desmiente la mujer gallega las tradiciones de aquellas épocas lejanas en que, dedicados los varones de la tribu á los riesgos de la guerra ó á las fatigas de la caza, recaía sobre las hembras el peso total, no sólo de las faenas domésticas sino de la labor y cultivo del campo. Hoy, como entonces, ellas cavan, ellas siembran, riegan y deshojan, baten el lino, lo tuercen, lo hilan, y lo tejen en el gimiente telar; ellas cargan en sus fornidos hombros el saco repleto de centeno ó maíz, y lo llevan al molino; ellas amasan después la gruesa harina mal triturada, y encienden el horno tras de haber cortado en el monte el haz de leña, y enhornan y cuecen el amarillo torterón de borona ó el negro mollete de mistura. Ellas, antes de que la pubertad desarrolle y ensanche su cuerpo, llevan en brazos al recién nacido, que grita que se las pela; ellas, rústicas zagalas, apacentan el buey, y comprimen las gruesas ubres de la vaca para ordeñarla; y cuando ven colmado un tanque de leche cándida y espumosa, en vez de beberla, con sobriedad singular y religioso cuidado colocan el tanque en una cesta de mimbres que acaban de llenar con un par de pollos atados por las patas, cosa de dos docenas de huevos,



GRUPO DE FIGURAS EJECUTADO CON ARCILLA, de Federico Leighton

(1) Este artículo forma parte de la colección titulada: MUJERES ESPAÑOLAS, AMERICANAS Y LUSITANAS, PINTADAS POR SÍ MISMAS, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición se ha puesto á la venta, ilustrada con bonitos cromos que dan idea exacta de los tipos descritos en el texto. Débese éste, como su título dice, á distinguidas escritoras exclusivamente; y por cierto que, según su fondo y forma, nada tienen que envidiar esas ilustres damas

á los literatos más profundos en sus observaciones y más elegantes en su estilo. El nombre de la mayoría de esas escritoras es bien conocido, pues en esa obra han colaborado casi todas las eminencias del bello sexo literario; y en cuanto á las menos populares de las autoras, han demostrado que esta circunstancia es debida á que su mérito es tanto como su modestia.

un rimero de hojas de berza, y tres ó cuatro quesos de tetilla, y sentando en la cabeza la cesta, dirígense al mercado de la villa más próxima, donde venden sus artículos regateando hasta el último miserable ochavo. Así vive la mujer gallega, afanándose sin tregua ni reposo, luchando cuerpo á cuerpo con el hambre que la acecha para colársele en casa y sentársele en mitad de la piedra del lar humilde. Pobre mujer que de todos es criada y esclava, del abuelo gruñón y despótico, del padre mujeriego y amigo de andar de taberna en taberna, del marido brutal quizás, del chiquillo enfermizo que se agarra á sus faldas lloriqueando, de la vaca ante la cual se arrodilla para ordeñarla, del ternero, al cual trae en el regazo un puñado de yerba, del cerdo para el cual cuece un caldo no muy inferior al que ella misma come, de la gallina á la cual atisba para recoger el huevo que cacarea, y hasta del gato, al cual sirve en una escudilla de barro las pocas sobras del frugal banquete.

Mientras la gallega permanece en estado de soltería, aun es tolerable la no escasa ración de trabajo que le toca; pero al casarse, empeora su situación. Sólo el imperioso mandato de la naturaleza, la ley que fuerza al germen á brotar, á espigar á la mies, al árbol á rendir su fruto y á la materia toda á sacudir la inercia y animarse, puede obligar á la mujer gallega á constituir una familia. Damas del gran mundo, vosotras para quienes el tapicero viste de seda las paredes de la alcoba nupcial, y los dedos ágiles de la modista combinan artísticamente ricas estofas en los trajes de gala, voy á referiros cómo está decorada la vivienda de la novia gallega, y á pintaros su ajuar. Entrad en la casa: el piso es de tierra húmeda y desigual; el techo á teja vana, por donde muy á su sabor se introducen agua y ventisca; en los ángulos hay colgaduras de primoroso encaje que labraron las arañas; la alfombra compónela algún troncho de col alternando con vainas de habas, hojas secas de maíz y excremento de animales domésticos. Sobre la losa del hogar pende de la férrea cremallera el negro pote; en el rincón reluce la tapa de la artesa, bruñida de tanto pan como sobre ella amasaron, y se ve la maciza arca apolillada, depositaria del *trousseau*, que llegará á un repuesto de tres camisas de lienzo moreno y gordo, y algún mandilón de burdo picote. El tálamo conyugal lo hacen cuatro tablas sin acepillar, formando una como caja pegada á la pared y abierta por donde es preciso que lo esté para dar ingreso á sus ocupantes. Dos pasos más allá asoman la cabeza terneras y bueyes, que con ojazos tristes contemplan á los novios, y con prolongados mugidos les cantan el epitafio, mientras las gallinas escarban el suelo en derredor y el cerdo gruñe hozando contra el lecho.

Ello es verdad que el festín de bodas fué lucido: sopa de fideos muy azafanada, bacalao y carne á discreción, vino á jarros, puches de arroz con leche á calderos, pan de trigo y añejos dulces de hojaldre. Pero después de tan babilónico regodeo, en la mañana en que los germanos solían hacer á sus desposadas un don, la gallega salta descalza del lecho, y enciende la lumbré y echa en la oscura concavidad del pote los ingredientes del caldo, y equilibra en su cabeza la silla para ir á la fuente por agua. Y son estos los más llevaderos de sus deberes y afanes. Impónle la naturaleza un hijo por año, como impone su cosecha anual á la campiña; y si en los primeros meses de la gestación, período de languidez tan inevitable y profunda, la gallega trabaja, según frase del país, como una loba, en los últimos, abultada y pesadísima, tragina más si cabe, y á veces el trance terrible la sorprende camino de la feria, ó en el monte partiendo el espinoso tojo; á veces suelta la hoz de segar, ó la masa de la borona, para oprimirse el talle en la primer explosión de dolor materno, y quizás el inocente ser ve la luz al pie de un vallado ó en plena carretera, y metido en la propia cesta y envuelto en el *mantelo* de su madre entra en el domicilio paternal; pero, al venir al mundo así, como por casualidad, halla la tierna criatura dispuesto el seno pródigo que ha de alimentarla: la gallega tiene de sobra licor de vida con que atender á sus hijos, amén de los ajenos que suele encargarse de amamantar, oficio que desempeña con no menor felicidad que las amas pasiegas. Así es que la semblanza de la mujer gallega puede bosquejarse suponiéndola ro-



EL CURIOSO IMPERTINENTE, dibujo á la pluma de L. Marois

deada de sus hijuelos como la gallina de su echadura, llevando de la mano un rapaz de siete años, asidas del refajo dos ó tres mocosas poco menores en edad, colgado del ubérrimo seno un mamón de doce meses y sintiendo acaso en lo más íntimo de su organismo el vago estremecimiento de otra nueva vida, de otro ser que se forma en sus entrañas.

Bien merece, bien merece disfrutar de un poco de solaz esta paridera y criadora y madraza mujer gallega; dejadla, dejadla que el día del santo patrón del lugar, ó en la primavera y deliciosa noche de San Juan, ó cuando las primeras castañas estallan al calor de la alegre hoguera y el mosto remoja el gznate de los vendimiadores, ella también se divierte y pegue un par de brincos á la sombra del nocedal ó del castañar hojoso. Dejadla que lave rostro y pies en la pública fuente ó en el *regato* que atraviesa su huerto, y peine y alise sus dos trenzas, uniéndolas por las puntas, y vista el gayo traje de las ocasiones solemnes.

Si ha nacido en la Mahía, en alguno de los fértiles valles que cercan á Iria Flavia y á Compostela, ceñirá á su cabeza con cinta de vivos tonos la linda cofia de puntilla transparente. Si en el Ribero de Avia, ó en las cercanías de Orense, llevará el pañolito de seda oscura, que realza la suave palidez del rostro oval, y abrochará atrás el brevísimo dengue con dos conchillas de plata. Si vió la luz en las poéticas orillas de las Rías Bajas ó en Muros, vestirá el rico atavío que enamora á cuantos lo ven: basquiña de claros matices, corpiño de negro raso, ancho *mantelo* de brillante sedán franjeado de panilla y recamado de azabache, pañuelo de crespón color lacre ó canario, cuyos flecos caen acariciando la cadera airosa, como las ramas del sauce sobre el tronco; rodearán su garganta pesados collares de filigrana de oro, hilos de cuentas, y de su menuda oreja colgarán largos zarcillos, y sobre el pecho refulgirá la patena, conocida por *sapo*. Pero, aun cuando presumen con razón las muradanas, por su elegante arreo, de llevarse la palma en Galicia, pienso que el traje clásico de gallega es el usado por las mujeres de mi país, las ma-

riñanas. Lucen éstas dengue de escarlata orlado de negro terciopelo y sujeto atrás con plateado broche; el justillo, de fuerte drogué, se escota sobre la chambrá de lienzo con flojas mangas y puños de curiosa manera fruncidos; el soberbio mantelo no cede en riqueza á otro alguno, y se ata atrás con cintas de seda de charros colorines; bajo la franja del mantelo se ve media cuarta de saya de grana, y se entrevé un dedo de refajo de amarilla bayeta, y el zapato de cuero con lazadas de galón azul; ciñe su cuello la gargantilla de filigrana, y cubre sus hombros el pañuelo de blanca muselina, prolijamente rameado. Cuando con estas bizarras ropas salen á bailar la tradicional *muiñeira*, danza nacional desde mucho antes de los remotos tiempos en que guerrillas gallegas y lusitanas auxiliaban á Aníbal y contrastaban el poder de Roma, es imposible imaginar más regocijado y pintoresco golpe de vista: pasan las mujeres, bajos y entornados los ojos, la trenza al viento, arrebolada la tez, movido el dengue por la oscilación del seno, rozando unas contra otras las yemas de los dedos, el pié hiriendo blandamente la tierra, en cadencioso girar, arremolinándose á cada vuelta del cuerpo las sayas multicolores, mientras la gaita exhala sus sonidos agrestes y melancólicos, graves ó agudos, pero siempre penetrantes, y el tamboril apresura la repercusión de sus notas secas y estridentes, y la pandereta lanza sus carcajadas melodiosas, y los cohetes aran con surcos de luz el cielo y caen disolviéndose en lágrimas de oro.

Pero cada día escasea más este espectáculo. Trajes, danzas, costumbres y recuerdos van *desapareciendo* como antigua pintura que amortiguan y borran los años. A la *muiñeira* sustituye el *agarradiño*, grotesca parodia de la *polka* húngara y del *wals* germánico; á las sayas de grana y bayeta, el faldelín de estampado percal francés; al dengue el mantón, á las trenzas la *moña* tamaño como un rosquete de pan, al villanesco zapato de cuero la botita de rusel... y en breve será preciso internarse hasta el corazón de las más recónditas y fieras montañas para encontrar un tipo que tenga olor, color y sabor genuinamente regionales.

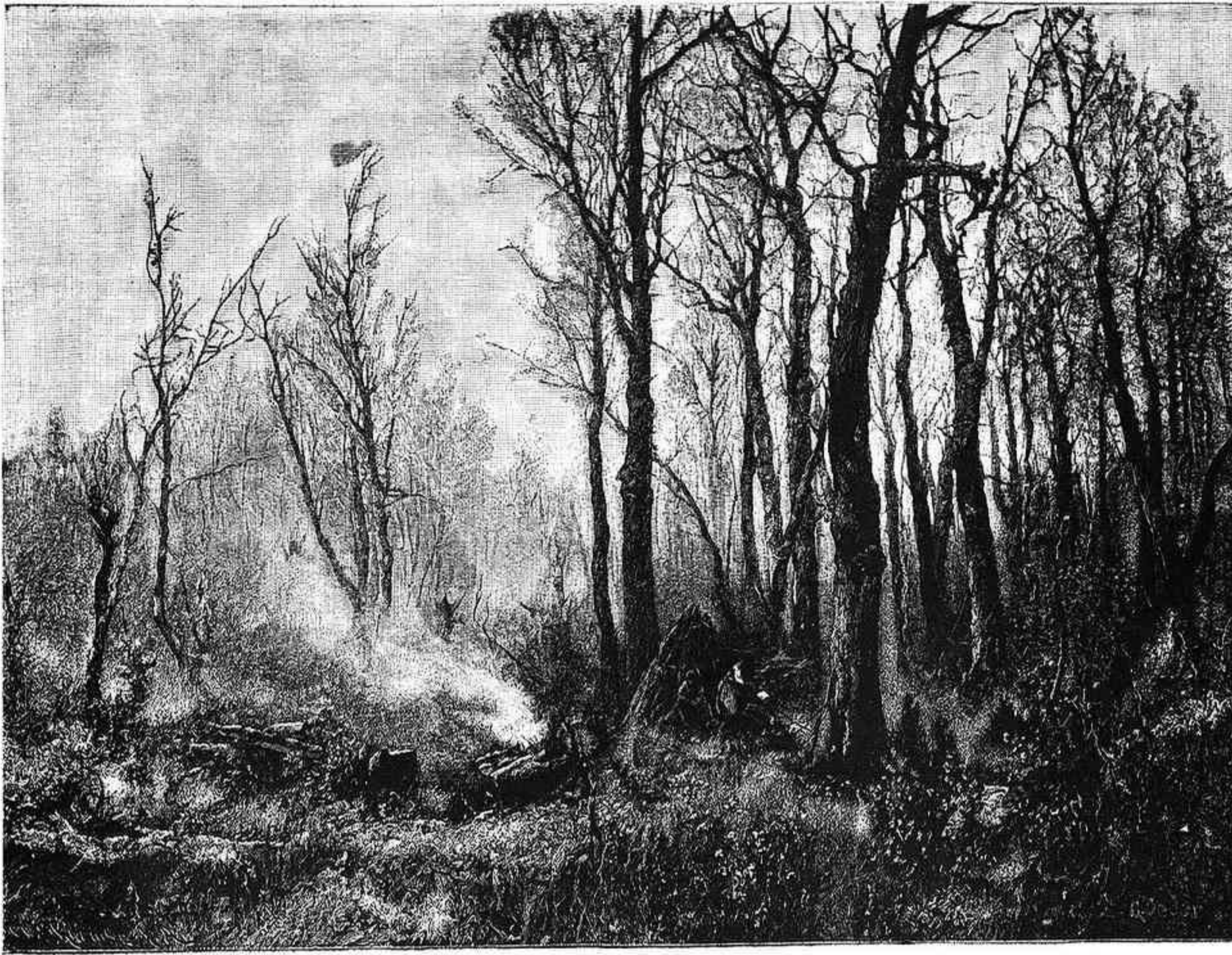
PAISAJE

I

Todo el mundo sabe lo qué es un paisaje; y sin embargo, ¿qué concepto más complejo encierra esta palabra! A primera vista, quien dice «paisaje» parece decir «campo»; pero el desierto dista mucho de ser campo y nadie negará que es paisaje. Además, si por campo se entiende una comarca con vegetación, donde la vida del animal y la planta prepondera sobre la del hombre, por oposición á la ciudad, donde acontece lo contrario, en el paisaje, concepto mucho más comprensivo, pueden entrar, no sólo los caseríos y los pequeños grupos de población rural diseminada, sino las ciudades mismas, por grandes que sean, á condición de avenirse á no representar más que uno de tantos accidentes, de subordinarse á la naturaleza —por decirlo así—deshabitada, merezca ó no el nombre de campo. De esta suerte es como, al par de los elementos puramente espontáneos, contribuyen también y enriquecen al paisaje otros (casas, caminos, tierras cultivadas, etc.) que son obra ya del arte humano, y hasta el hombre mismo, cuya presencia anima con una nueva nota de interés el cuadro entero de la naturaleza.

Por esto podría decirse en algún modo que la pintura de paisaje es el más sintético, cabal y comprensivo de todos los géneros de la pintura. Pero, si dejamos á un lado el antiguo paisaje llamado «histórico», donde se representan á un tiempo, equilibrando su interés, perspectivas campestres y escenas de la vida social, en el paisaje puro y sin aditamentos la figura humana no entra sino como un ser físico, como una forma, como una nota de claro-oscuro ó de color, aunque siempre ofrezca á nuestros ojos cierto valor ideal de un tipo, de una clase, de un género de vida determinado; v. g., aldeanos, caminantes, cazadores, pastores, artistas.

En su más rigurosa acepción, el paisaje es la perspectiva de una comarca natural; como la pintura de paisaje es la representación de esa perspectiva. A poco, sin embargo, que se reflexione sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (que



OTOÑO, copia del notable cuadro de G. Oeder

no lo es nunca el de las ciudades), se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente; la presión del aura primaveral sobre el rostro; el olor de las plantas y flores; los ruidos del agua, las hojas y los pájaros; el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos; el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro ser, y hasta el sabor de las frutas, por prosaico que parecer pudiera a la sensiblería de una estética afectada y romántica... todo, ya más, ya menos, contribuye a producir en nosotros ese estado y a preparar el segundo momento, el momento ideal, de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido.

Aun reduciendo el paisaje a una perspectiva, y su percepción a la mera contemplación visual, es incalculable el mundo de factores que intervienen para constituirla: tantos como fuerzas, seres y productos despliega la naturaleza ante nuestros ojos: la tierra y el agua en sus formas; el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores; la atmósfera con sus celajes; el hombre con sus obras; los animales y hasta el cielo con sus astros y con el juego de tintas, luces y sombras que matizan diversamente el cuadro a cada hora del día y de la noche. Ahora bien, de todos estos elementos, hay uno en el que tal vez no siempre se repara bastante: el suelo. Sin duda que no hay quien desconozca el papel, por ejemplo, de las grandes montañas en el paisaje ó el del contraste entre el mar y la costa; pero a esto se reduce casi todo. Vischer mismo, que en su *Estética* tan extraordinaria amplitud concede al estudio de la belleza en este orden, descuida sin embargo, — cosa explicable por sus ideas, — muchos puntos.

El suelo, la costra sólida del planeta, como elemento de paisaje, prescindiendo de las corrientes de agua y de la vegetación, ofrece por sí solo datos suficientes para constituir una que podría llamarse «estética geológica.» El primero de éstos es la naturaleza de los materiales que lo forman. Así, por ejemplo, hay paisaje granítico, basáltico, de aluvión, etc. Todo el mundo v. g. distingue el pintoresco dentellado con que se recortan sobre el azul del cielo las Pedrizas del Manzanares en la vecina sierra Carpetana, y el suave modelado de los cerros que rodean a Madrid. Aquéllas son de granito; éstas, de diluvio cuaternario. El granito, por su composición y estructura, presenta una cierta resistencia, así en cantidad como en dirección, a los agentes atmosféricos; merced a lo cual, no se deja destruir sino en un cierto sentido, de donde nacen a su vez ciertas formas. Doquiera que aflora al descubierto, el agua, al resbalar sobre sus masas, las redondea, produciendo, en las pequeñas, esas superficies ásperas, rugosas, cubiertas de líquenes, que interrumpen la continuidad de la tierra vegetal; y en los grandes cantos, la configuración peculiar de las «piedras caballerías» monolitos a veces enormes y que en ocasiones oscilan como otros tantos monumentos megalíticos naturales; hasta que, la radiación del calor, que las dilató durante el día, las contrae por la noche, las hiende, las raja en mil grietas, que luego, al hincharse dentro de ellas el hielo, estallan, desprendiendo gigantescas esquirlas; y éstas, apiladas unas sobre otras, forman ese agudo dentellado de las cimas graníticas de nuestra cordillera: dentellado, sobre todo visible allí donde se entrelazan dos tipos de granito: uno más resistente; otro más quebradizo y más blando.

Por el contrario, la lenta sedimentación de los aluviones cuaternarios depositados en el valle de Madrid, con

proceder exclusivamente de la trituración de los materiales de la propia sierra, ha hecho imposible en él toda aspereza y toda forma abrupta: los grandes horizontes, cuyos últimos términos se funden dulcemente en el celaje; el inmenso radio de las ondulaciones del terreno; las cumbres rectilíneas de los cerros, semejantes al «conoide» de los geómetras; la uniformidad, pero no monotonía, que reina en toda esta región, contrastan con la cordillera, realizando este contraste la vegetación, tan distinta en una y otra zona. En la montaña, severa hasta la majestad, todo es mate y adusto: los líquenes que tiñen el verdoso granito; el monte bajo, cuyo tono apenas templan, allá en la primavera, el morado cantueso, la amarilla flor de la retama, el rojo de tal cual amapola ó de las opulentas peonías; el sombrío verdor de los pinos, que se alzan sobre ellos, ora esbeltos y erguidos, ora corpulentos y nudosos, ó muertos con el gris de plata de sus ramas desnudas, retorcidas y secas.—Abajo, en el amplio valle, la luz es más igual; las sombras menos acentuadas, los tonos más ricos y brillantes; los olmos, los chopos los sauces, los



REZAGADO, apunte de Guillermo Díez

diverso del que usualmente revisten. Recuerdo el magnífico tono frío amaratado de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de Peñalara, debido a la hidratación del óxido de hierro contenido en las micras de sus gneises; mientras que en el puerto del Reventón, en el vallecito de la Berzosa (debajo de la Maliciosa y de las Cabezas de Hierro), y en tantas y tantas otras partes,

espinos, las zarzas, agotan casi todos los matices del verde, desde el álamo blanco al negro de la encina; y en medio de las tierras sembradas y de las praderas, con su yerba corta, fina y rala, clarean sobre el suelo anchas ráfagas sonrosadas, de una espléndida carnación luminosa.

Suaviza, sin embargo, este contraste una nota fundamental de toda la región, que lo mismo abraza al paisaje de la montaña que el del llano. En ambos se revela una fuerza interior tan robusta, una grandeza tan severa, aun en sus sitios más pintorescos y risueños, una nobleza, una dignidad, un señorío, como los que se advierten en el Greco ó Velázquez, los dos pintores que mejor representan este carácter y modo de ser poético de la que pudiera llamarse espina dorsal de España. Nada alcanza a dar idea de él como su comparación con las formas que más frecuentes son en nuestras comarcas del Norte y el Noroeste, y en especial de Galicia. En las riberas del Saja ó del Nalon, pero más aún en las encantadoras orillas del Miño ó en las rías bajas de Pontevedra, todo es gracia, armonía, proporción, encanto: los valles son cerrados y pequeños; los cerros, bajos; pálido el azul del celaje; el verdor de los árboles, transparente; fresco y brillante el de los prados: la naturaleza entera sonríe en una media tinta que lo envuelve todo y hace imposible la ruda acentuación de contrastes enérgicos. Es la belleza femenina, expresión de una actividad desplegada sin lucha en un ritmo tranquilo. Aquí, por el contrario, asoma por doquiera el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso a través de obstáculos sin cuento; y así como en un mismo día y lugar se suceden con rapidez vertiginosa el hielo y el ardor de los trópicos, así también el sol deslumbra con un fulgor casi agrio en el fondo de un cielo, de puro azul, casi negro. Es la nota varonil, masculina, que pudiera llamarse. «Los valles del Guadarrama—me decía há poco uno de mis compañeros de excursiones—se sonríen también, pero á su modo: no cómo los niños de Murillo, sino como los de Miguel Angel.» Precisamente por esto, la grave y austera poesía de un paisaje, cuyo nervio llegaría hasta la fiereza, si no lo templasen la dignidad y el reposo que por todas partes ofrece, es menos accesible al sentimiento del vulgo. Este pondrá siempre á Lucas della Robbia sobre Donatello; á Bellini sobre Beethoven; á Perugino sobre Signorelli; á Lamartine sobre Dante. ¡Dichosa tierra, sin embargo, aquella, que puede como España concentrar ambos tipos, el varonil y el femenino, en el paisaje de sus varias comarcas!

Esta relación del suelo con el paisaje, de la geología con la estética, que ya ilustraron en sus tiempos un Cuvier y un Humboldt, presenta problemas de interés extraordinario. Respecto de los materiales de los terrenos arcaicos, v. g., pueden observarse delicadas diferencias entre las formas graníticas y las gneisicas, diferencias tan visibles casi como las que separan ambas clases de formas de las que ofrecen los conglomerados del Montserrat, ó las calizas carboníferas en las cumbres de los Picos de Europa, ó los depósitos lacustres de los llanos de la Tierra de Campos. Sin embargo, la distinta posición orográfica de unos mismos materiales, esto es, el plegamiento de las capas, influye considerablemente en el paisaje. Igualmente, una acción química superficial puede dar á las rocas un aspecto muy

ese mismo gneis, por cuyas lajas corre una fina capa de agua, ofrece los rojos más cálidos, ricos y transparentes, merced á otro grado de hidratación de esos mismos hierros.

(Continúa)

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

LAS PRIMERAS ROSAS

Hablo de las rosas *pur sang*, de las que según los mitólogos salieron del talón herido de Venus; de las verdaderas hijas de la primavera; no de esas florecillas tísicas criadas en la estufa, como doncellitas entecas, y que se ofrecen en París fuera de tiempo á veinte francos la pareja.

Las flores y los frutos es preciso buscarlos en la época en que la tierra los ofrece vestidos de color, saturados de esencia, henchidos de savia y rodeados de verdura: *cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento*, dice una saludable advertencia hortícola, cuyo realismo zolaico espeso dispensarán mis lectores.

Yo me perezco por las primeras rosas, por las primeras golondrinas y por los primeros vasos de leche, justificando esta última afición, el siguiente precepto del doctor Pópulo:

La leche de abril para mí.
La de mayo para mi hermano.
La de junio para ninguno.

Antes ó después del veintiuno de marzo, que no siempre sabe el almanaque cuándo hace su entrada triunfal la primavera, procuro hacer mi primera excursión á los jardines, alamedas y campiñas donde esparce sus heraldos y trompeteros con flores y con alas. Pláceme oír las conversaciones de los pájaros que acaban de llegar de sus viajes de recreo y que han aprendido al vuelo el volapük á juzgar por la facilidad con que se comunican unos con otros sin necesidad de intérpretes, aunque vengan de diversas latitudes y distintas tierras.

Claro es que las rosas no están lejos: ¡cómo han de estar! flores y aves, son cosas, entidades ó ideas correlativas, seres ó formas que se complementan; ya lo dijo Calderón:

..... con las galas
que le dan belleza suma
es el ave flor de plumas
ó ramillete con alas.

Están las rosas cerca, repito, y voy á ellas con verdadero frenesí de *amateur*, con deseo de apreciar en ellas los efectos de la decantada ley darwiniana, con el ansia de hallarlas más frescas y más hermosas, con el firme propósito de meter en ellas la nariz, de protanar sus pétalos, de dar un mal rato á toda larva viviente que haya buscado leche en el cáliz de la que por mí sea preferida.

A mi llegada tiemblan y se estremecen sobre sus tallos; ¡es claro! el hombre es para las flores un bárbaro, un tirano, un asesino. Si ellas tuvieran lengua, como asegura el Ramayarza, se quejarían de nuestros atrevimientos con lágrimas de rocío; cubrirían sus senos suaves y húmedos

cuando nos propasásemos con ellas, y nos despedirían á cajas destempladas, al ver que cometíamos, sin el menor reparo, la villanía de poner en sus cálices nuestros labios.

¡No te vayas, por tu vida,
que vendrán los osmandinos
á besar á tu querida!

decía una hermosura del Sahara á su africano, según nos cuenta en sus orientales el malogrado Arolas; añadiendo incontinenti:

van del gran pudridero mundano.

Por eso respiramos en gratos éxtasis sus aromas virginales y saludamos en ellos el reinado de la primavera. Rosas nuevas, vida nueva: muy luego necesitamos para espolear nuestros sentidos cansados, la loca oleada del jazmín, el jacinto y la azucena.

Huele el campo á flores nuevas, decía Zenea, el poeta mártir, recordando sus amores con Fidéla. Flores nuevas, tan coloradas y frescas como la boca que le besara, tan airosas y flexibles como el talle que él oprimió, tan fáciles de coger como las manos menudas que estrechó entre



VICTA, busto en mármol por Teraze

Vendrán por los arenales
cual tigres de horrendas garras
y cortarán mis rosales
con sus corvas cimitarras.

De lo que se desprende que los osmandinos, bárbaros al fin, tomaban los labios por las rosas y las rosas por los labios, profanando estos y cortando aquellas, como si dijeran para sí: — ¡ahora veremos lo que son flores!

Y vean mis lectores lo que es el contagio. Estos trucatintas de los hijos del desierto, parece que se han generalizado por la culta Europa y ya no hay coplero, tenorio ni amador que deje de confundir las rosas y los labios, cuando las primeras son frescas y coloradas y los segundos rosados, húmedos y suaves.

¡Qué más! yo también me confieso osmandino, y al contemplar las primeras rosas pienso en los primeros besos que he recibido.

Hay otra relación que demuestra que los labios y las rosas se parecen como dos gotas de agua del mismo diámetro. Según afirman los naturalistas que han visitado los poéticos valles de la Rumelia, donde las rosas de Kezanlik se riegan como los trigos en los campos andaluces, se necesitan veintiseis kilogramos de rosas, es decir, 130,000 de estas poéticas hijas de los Balkanes para producir treinta gramos de esencia; pues bien, muchas más palabras salidas de los labios de cualquiera coqueta, de cualquier charlatán de salón ó de cualquier orador político se necesitarían para extraer un solo gramo de discreción, de verdad y de pensamiento racional y humano.

¡Y cómo huelen las primeras rosas!

Habrán algunos de mis lectores que afirmen que huelen como todas las demás que han de bordar nuestros búcaros y nuestros terrados; pero se equivocan lastimosamente.

Las primeras rosas nacen cuando aun está humedecida la tierra con los chaparrones de marzo; cuando todavía montan en sus caballos fantásticos las legiones de la bruma, cuando el humus se orea, cuando la hoja seca se pudre en el surco, cuando las violetas, sus precursoras, modifican con su penetrante perfume esa reunión de olores acres que se elevan del gran pudridero mundano.



DÍA DEL SEÑOR, cuadro de J. Scheurenberg

las suyas tantas veces. Sin embargo, aquellas flores no eran las mismas que él cortó para colocarlas en el seno de su adorada, como las golondrinas que volvió a ver Becquer no eran aquellas oscuras avechillas que aprendieron nombres queridos.

¡Mira, mi bien, cuán mustia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer, brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada!...

decía Plácido el mulato, recordando tiempos pasados, *siempre mejores que el presente* a juicio de otro poeta. Y es, que en vano conservaréis el mismo búcaro, el mismo jardín, el propio plantel cuidado por la podadera: las flores no son las mismas. ¡Cómo han de ser, si aquellas os dieron todo su aroma y os complacieron hasta deshojarse en vuestras manos!

Los que no hacen versos ni tonterías, se explican lógicamente y naturalmente la sucesión de las flores; la rosa que dura mucho en nuestro vaso, acaba por cansar la retina y la pituitaria. Un cocinero decía confuso y cariacontecido a su amo, que era extremadamente aficionado a las perdices:

— Señor, ¿cómo las condimentaré para que no cansen a V. E.?

Y al día siguiente se las sirvió rellenas de carne de perro perdiguero.

La variedad en la unidad, el mudar eterno, el perpetuo *móvil inmóvil*, hé aquí la ley de la vida. Sin los cambios de decoración de las estaciones apenas nos daríamos cuenta de la belleza de los paisajes. Adán y Eva se debieron de aburrir soberanamente en las florestas del Paraíso: aquello era, según Milton, un verdadero empacho de verdura.

Suele acontecer que el afán de formas, perspectivas y sensaciones nuevas lleve a sensibles extravíos al hombre ó a la naturaleza. *Per troppo variar natura è bella*; mas si reconocemos la escala de los afectos hasta llegar al egoísmo, y la escala zoológica hasta llegar a la víbora y al murciélago, vendremos a convenir, con el cocinero de S. E., en que el afán de la variedad suele degenerar en aberración.

¡Las primeras rosas y los primeros sueños! Paso a la juventud y a la primavera, que ya sabemos que son una misma cosa.

Muchas veces me he preguntado si es la vista de las rosas tempranas la que produce esos sueños de los primeros años en que las hadas y las silfas tienen principal parte, ó si, por el contrario, son los primeros años los que traen los tempranos sueños de primavera que se transforman en flores, pájaros, luciérnagas y mariposas.

La mitología miente cuando asegura que las rosas nacieron de la herida que los brojos causaron al talón de Venus, cuando ésta buscaba desolada el cadáver de Adonis por las florestas y campiñas. Las rosas han nacido y nacerán siempre de las heridas que el travieso rapaz causa en los corazones juveniles. Algunas veces no son heridas, sino alfilerazos; si queréis ver nacer un par de rosas, acercaos al oído de la virgen enamorada y pronunciad esta palabra: Matrimonio.

Hay en las primeras rosas una serie de promesas que rubrica el sol, la luna y las estrellas. Con la primavera, estación que abre la puerta de la más hermosa parte del año, comienzan los días de eterno azul, de misteriosos rumores, de actividad corporal é imaginativa. Corre la sangre



CABEZA DE ANCIANO, por Leonardo de Vinci (facsimil)

más aprisa por las arterias, y los rayos del sol no se deslizan por la epidermis, sino que penetran corazón adentro.

En Andalucía, con las primeras rosas aparecen las primeras caras bonitas en las ventanas y en los balcones. Durante el invierno, la lluvia que golpea los cristales de los elegantes cierros sevillanos parece llorar la ausencia de las silfas que duermen el sueño invernal; mas, cuando se acerca el equinoccio, aquellos cristales se iluminan súbitamente con reflejos de iris y *se hace la luz*, es decir, el busto de la andaluza se dibuja en el fondo del vidrio con todos sus contornos pictóricos y estatuarios.

Si las viese Rollinat, afirmaría de ellas lo que de las rosas: *On dirait de la chaire pétrie avec du rêve*.

Consérvase en el gran ducado de Baden una tierna y sencilla tradición de las primeras rosas.

La castellana de Rossemberg, nido feudal que se halla en una altura cerca de Heidelberg, era asaz caritativa con sus siervos, habiéndose formado su carácter como para contrarrestar el egoísmo y mala ralea del de su esposo, que no sólo era avaro hasta el punto más grotesco, sino que pecaba de cruel y sanguinario, como buen señor de horca y cuchillo.

Hasta tal extremo llegaban los cuidados de la castellana de Rossemberg con las gentes del contorno, que ella misma cuidaba de llevar al hogar del pobre el pan de su mesa y las piernas de jabalí ahumadas en las chimeneas de su señorial morada; para los necesitados de los alrededores, era el ángel bueno de aquel maldito castillo.

Una desapacible mañana de marzo, el señor de Rossemberg, que iba de caza seguido de sus jaurías y monteros, alcanzó a ver a su esposa que caminaba al propio tiempo por las estrechas sendas de la montaña, cargada con las pesadas cestas de mimbres llenas de provisiones para dedicarse a sus caritativas tareas. Montando en cólera, al verla en tan plebeya guisa, sin acompañamiento de damas y pajes como a su elevado rango cumplía, dirigióse a ella, y, sin dejar siquiera el arzón ni hacerle las usadas cortesías, díjole en alta voz y de mal talante:

— ¿Qué lleváis en esas endiabladas cestas con las que más parecéis torpe villana que señora principal y de valía?

La noble señora tembló como cervatilla a quien los lebreles cierran el paso, y conociendo la dificultad de dar al avaro señor satisfactoria respuesta, díjole entre temerosa y confusa:

— ¡Señor, son las primeras rosas, que acabo de cortar en la pendiente para adornar mi reclinatorio...!

El señor de Rossemberg, que veía, aún, a su alrededor, árboles desnudos y picachos cubiertos de nieve, dudando de aquella respuesta que avisaba al par las desconfiadas de su avaricia, y echando pie a tierra como si se tratase de más serio asunto, mandó a uno de sus monteros que abriese las cestillas que su esposa había colocado a sus plantas. ¡Cuál no sería la sorpresa de ambos al ver rebosar en los mimbres coloradas y odoríferas rosas!

Poco tiempo después se hizo público el milagro: los tajos de jabalí y los panes de Rossemberg habían sido trocados en flores por el ángel de la Caridad, y el señor del castillo cambió de carácter y fundó varios monasterios. Sus descendientes colocaron sus estatuas encuadradas a

ambos lados de la gran poterna del castillo, donde aun puede verse a la caritativa castellana cargada con su cesta de flores prematuras.

También las primeras rosas, es decir, las rosas paradisíacas, influyeron grandemente en los destinos del género humano. Un viejo talmudista revelóme, no sé cuándo ni cómo, el hecho que yo puse soñando en verso castellano. Hélo aquí con asonantes, incisivos, puntos y comas:

Eva, perdida en el Edén, vagaba
Por las calles de tilos,
Cubierta con la gasa de la aurora,
Coronada de perlas... de rocío.

En sus mórbidas formas se mecían
Placeres infinitos,
La tibia luna y las estrellas faustas
En su primera noche habían lucido.

El jazmín, la clemátida olorosa
Y el perfumado lirio,
Soñaban encontrarse en sus cabellos
O verse entre sus labios encendidos;

El colorín la saludó, entonando
Sus deliciosos trinos,
Y no hubo fiera que, al pasar la hermosa,
Dejara en el espacio un solo aullido.

A orillas de un remanso silencioso,
Cuyos raudales límpidos
Eran, como una lámina de acero
Por delicado artefacto bruñido,

Detúvose la hermosa, contemplando
Las orlas de jacintos
Que bordaban sus márgenes, cubiertas
Con las flores acuáticas del Nilo.

Iba a inclinarse al borde de las aguas,
Acaso a ver el nido
Que, con débiles pajas, en los juncos
Formaban dos incautos pajarillos;

Cuando avanzó, sobre las ondas claras,
El contorno indeciso
De una hermosura de turgentes formas
Y de sedosos y dorados rizos.

Pintábase el asombro en su semblante
Miróla de hito en hito,
Y observó que, la imagen de las aguas,
Silenciosa también, hizo lo mismo.

Interrogar a la importuna sombra
Acercándose quiso;
Pero al mover los labios, vió a sus plantas
El imperioso gesto repetido.

Adivinando, al fin, que era ella misma
La causa del prodigio,
Dudó un momento y apartó los ojos
De la brillante lámina del río;

Pero era hermosa y encontró su espejo...
¿Cómo hubiera podido
Resistir al deseo peligroso
De contemplar en él sus atractivos?



ESTUDIO, de Alberto Durero

Con la regia osadía, que heredaron
Semiramis y Dido,
Volvió a clavar de nuevo la mirada
En aquel limitado precipicio.

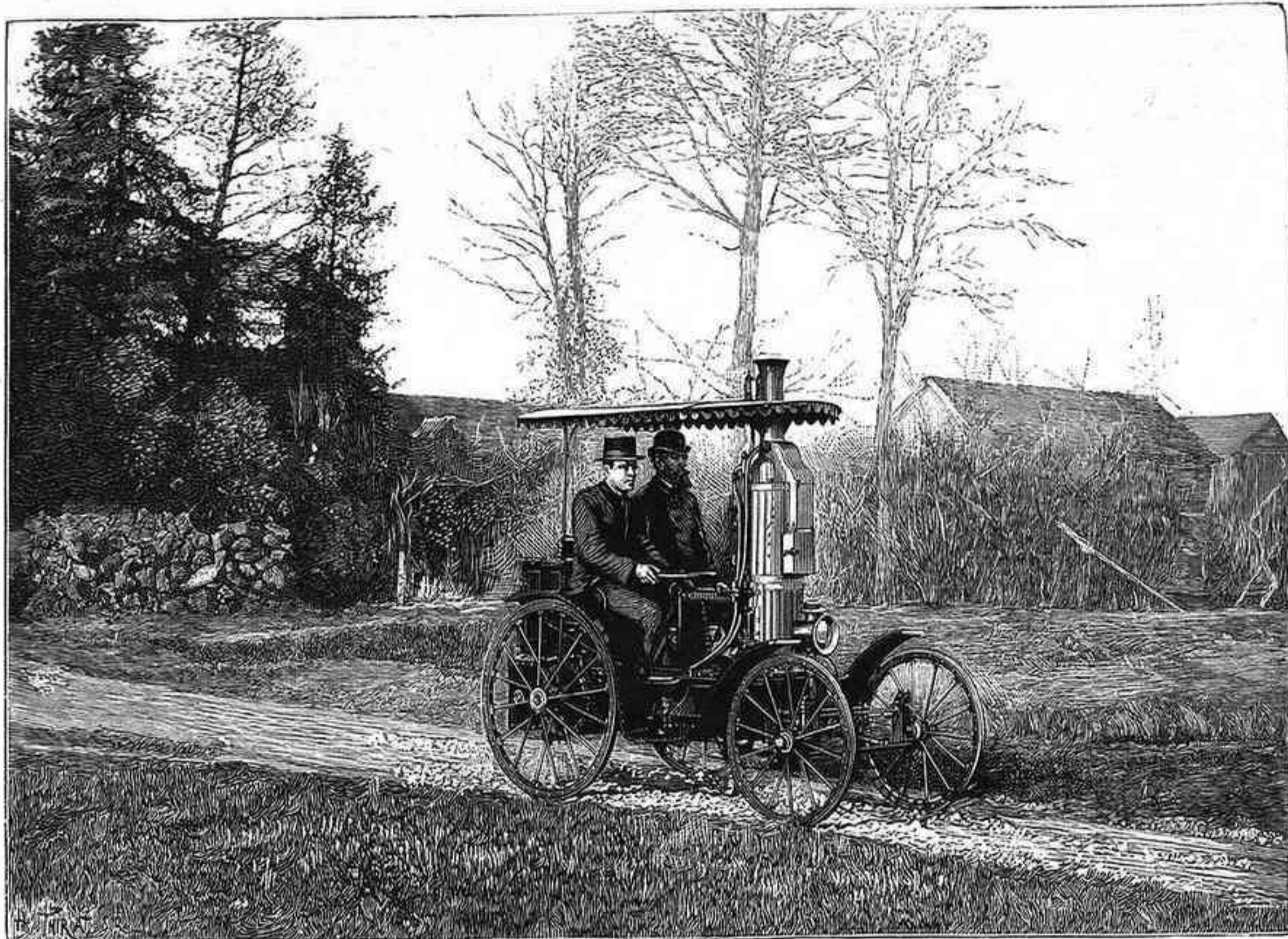
Contemplóse orgullosa; una sonrisa
Vagó en su labio altivo,
Y, prendiendo una rosa en sus cabellos,
Exclamó satisfecha:— ¡El mundo es mío!

El eco repitió la osada frase,
Con su lúgubre són, de riesgo en riesgo...
¡En aquel mismo instante, cuenta el Génesis,
Escalaba Satán el Paraíso!

BENITO MÁS Y PRAT



LA MADONA DEL GRAN DUCA



Carruaje de vapor de M. Bollée. - Pequeño modelo de aficionado

CRONICA CIENTIFICA

CARRUAJE DE VAPOR DE M. BOLLÉE. - EL GAS NATURAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

I

Muchas tentativas han hecho los mecánicos para aplicar el vapor á la locomotiva terrestre en los caminos, y ya se nos ha dado á conocer un considerable número de carruajes de vapor. Entre los constructores más perseverantes son dignos de mención los señores Bollée é hijo, vecinos del Mans, que acaban de construir, y han ensayado ya, un nuevo vehículo de este género, cuyo modelo es el que representa nuestro grabado, copia de una fotografía de M. Sollier.

El armazón del carruaje, todo de hierro y acero, mide 1^m,90 de longitud por 0^m,85 de anchura, y apóyase en cuatro ruedas por medio de muelles, á fin de evitar las sacudidas. Las ruedas motrices posteriores, de un metro de diámetro, están puestas en acción por un movimiento diferencial, de tal modo, que en las curvas ambas pueden tomar velocidades diferentes; las ruedas directrices anteriores miden 0^m,80 de diámetro, y gracias á su sistema de armadura especial, el carruaje no puede volcar, y es muy fácil dirigirle.

El generador, colocado delante, lleva todos los aparatos reglamentarios; es de un nuevo sistema que permite caldear una extensa superficie para poco peso; y es muy fácil limpiarle. Contiene treinta y cinco litros de agua, volumen relativamente grande, que tiene por efecto mantener la presión más regular, pudiendo desarrollarse sin dificultad una fuerza de 2¹/₂ caballos.

En la prueba que se hizo la presión fué de veinte kilogramos por centímetro cuadrado, aunque la ordinaria no pasa de ocho. Durante la marcha, la alimentación de agua se hizo por medio de una bomba, y en las paradas por un inyector. La máquina motriz, que está detrás, es de inversión de marcha y de expansión, y tiene una fuerza de 200 kilogramos.

Los viajeros, en número de dos, van sentados detrás de la caldera, y el de la derecha tiene á mano todos los órganos necesarios para la marcha rápida de la máquina.

El combustible, puesto á cada lado del generador, puede bastar para recorrer veinte leguas. El peso del carruaje vacío es de 650 kilogramos; puede subir por las pendientes más rápidas, y su celeridad media es de veinticinco kilómetros por hora. El inventor ha obtenido velocidades de 35 á 40 kilómetros.

El sistema puede afectar las formas y dimensiones más variadas; en las máquinas de lujo, la caldera va detrás, como el modelo de carretela de vapor que se presentó en la Exposición de 1878.

II

En uno de los últimos números que hemos publicado, M. Tissandier daba algunos curiosos detalles sobre el gas natural empleado en Pensilvania. Una reciente Memoria sobre el asunto, dirigida por M. A. Carnegie al *Iron and Steel Institute*, nos permite publicar ahora algunas noticias complementarias del mayor interés.

El descubrimiento del gas natural en Pensilvania sólo data de algunos años. Hace siete, poco más ó menos, que una compañía se ocupaba en perforar un pozo en Murrayville, como á treinta kilómetros de Pittsburgo; y habiase llegado á la profundidad de cuatrocientos metros cuando la sonda fué rechazada bruscamente y lanzada al aire á gran altura; mientras que la cabria se hacía pedazos y los

fragmentos se dispersaban á causa de un terrible escape de gas.

El ruido ocasionado por la columna gaseosa se oyó á la distancia de diez kilómetros. Adaptáronse tubos de cinco centímetros á la boca del pozo y se prendió fuego al gas, lo cual produjo una llama enorme que iluminó todo el país. Aunque el pozo no estuviese á muy larga distancia de las fábricas metalúrgicas, se dejó quemar, sin utilizarle, ese combustible natural durante cinco años. En aquella época, el carbón no era tan caro como hoy, y por lo tanto no se quiso distraer una suma importante en los trabajos de conducción del gas; gastábase por valor de tres francos setenta y cinco céntimos de combustible por tonelada de rails concluidos, y este gasto no parecía ser de bastante importancia para justificar el empleo de varios millones de francos en proporcionarse otro combustible más barato.

Hace dos años, una compañía ofreció poner los conductos ó cañerías y llevar el gas, á sus propias expensas, á las diversas fábricas, mediante el pago anual de una suma equivalente á la que se venía gastando en carbón, hasta cubrir los gastos hechos para establecer las cañerías, después de lo cual, la anualidad se reduciría á la mitad de la suma invertida en carbón. Han bastado diez y ocho meses para pagar la conducción, y ahora las herrerías ahorran una mitad en su gasto de combustible. Posteriormente, otras sociedades establecieron líneas de conducción desde los pozos en una distancia de veinticinco á treinta kilómetros.

Al visitar el distrito principal del gas natural en Murrayville, M. Carnegie ha reconocido la existencia de nueve pozos, de los cuales uno de ellos produce, según se ha calculado, ochocientos mil metros cúbicos de gas cada veinticuatro horas.

En Murrayville, la salida del gas se efectúa con tal fuerza y celeridad, por tubos de 0^m,15 de diámetro, que no se inflama sino á una distancia de cerca de dos metros del orificio; la llama forma una columna de fuego sin la menor apariencia del humo.

Actualmente hay once líneas de conductos diferentes para el servicio de los establecimientos industriales de los alrededores de Pittsburgo. El diámetro máximo de los tubos es de 0^m,305; ahora se emplean mucho los de 0^m,20; en un principio no se pusieron más que los de 0^m,15. Hoy día se pierde aún la mayor parte del gas, y así sucederá hasta que se haya generalizado su uso en las fábricas.

Calculáse que el aprovechamiento general del gas ahorrará el trabajo diario de cinco mil operarios; y con esta economía entra la cuestión muy importante de la pureza del combustible, ventaja principal para la metalurgia, la cristalería y otras aplicaciones industriales.

Como es indefinida la cantidad de gas de que se puede disponer, hasta aquí no se ha tratado de economizarle, habiéndose adoptado para su uso disposiciones primitivas. Nuestro grabado representa un mechero de gas natural en los alrededores de Pittsburgo: es un tubo en cuya extremidad el gas inflamado produce una especie de hacha inmensa. Ahora se trata de emplear también este gas para el alumbrado, porque es muy superior al de hulla; y hasta se dice que si fuera caro en vez de barato, aun sería ventajoso utilizarle con dicho objeto á causa de su hermosa llama.

El empleo del gas natural ha producido un resultado muy apreciable á primera vista. Una región primitivamente más ennegrecida que ningún distrito metalúrgico del mundo, no ha tardado en llegar á estar tan limpia como un país en que no se hubiera conocido la hulla. Las fábricas de acero donde antes se veían treinta fognistas desnudos hasta la cintura, que trabajaban por espacio de ocho horas (ó sea noventa fognistas cada veinticuatro horas) en la calefacción de las calderas, que con-

sumían cuatrocientas toneladas diarias de combustible, no necesitan ya hoy más que un hombre para vigilar la alimentación de todos los generadores. Ahora no se sabe tampoco lo que es humo; y tanto es así, que hasta las paredes de las antiguas carboneras de las fábricas están hoy pintadas de blanco.

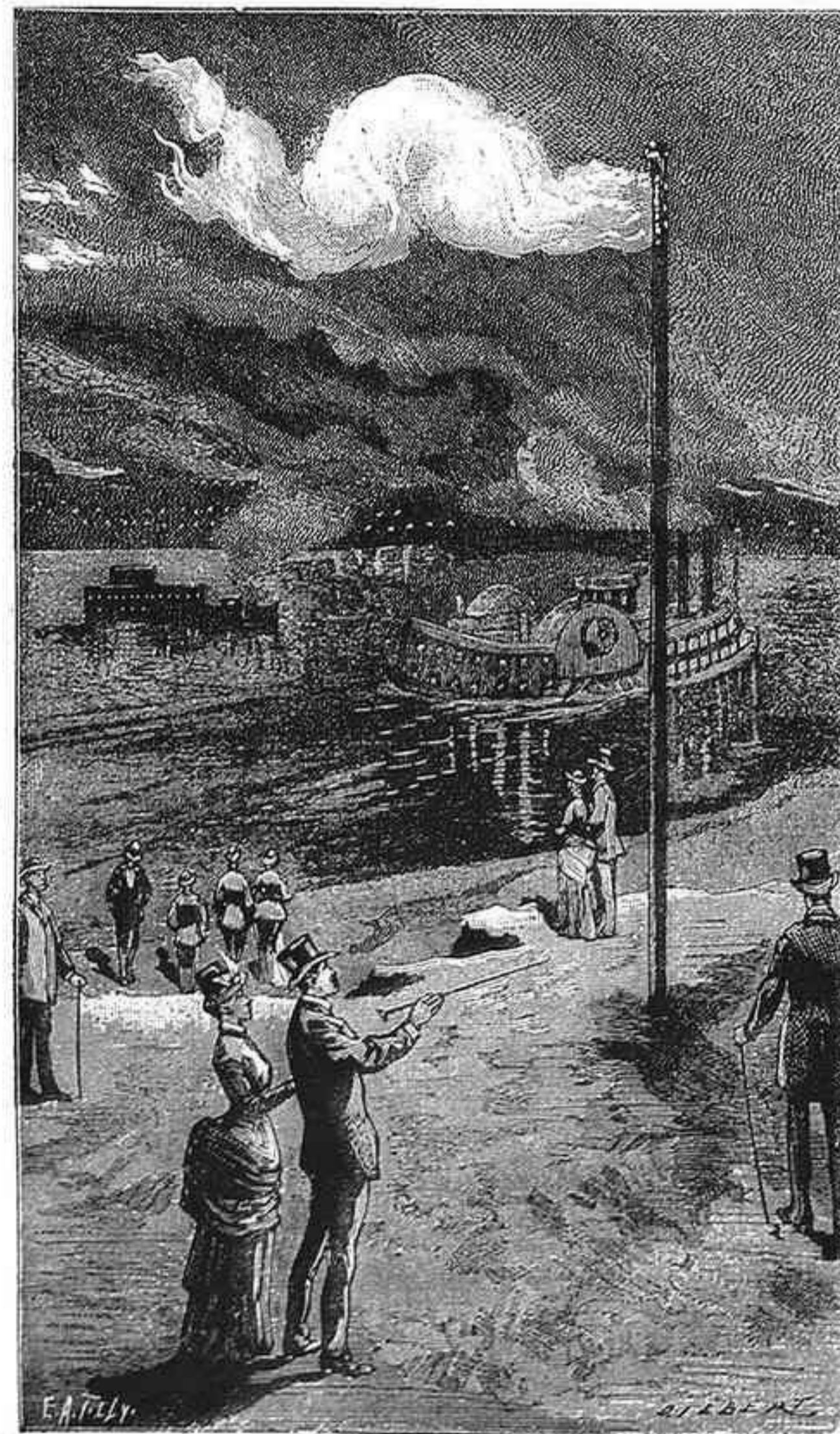
Debe advertirse, sin embargo, que para el empleo del gas se hace preciso adoptar ciertas precauciones: es necesario vigilar las cañerías, pues los escapes de gas han producido algunas veces explosiones, sobre todo en invierno, cuando la tierra está helada y se opone á la infiltración de aquél, que entonces se disemina en espacios donde puede inflamarse. En las fábricas se colocan los tubos siempre que es posible fuera del suelo. Además de las ventajas enumeradas, hay que añadir la de que el nuevo combustible tiene una fuerza calorífica considerable.

El gas natural es el combustible gaseoso de más fuerza, exceptuando el hidrógeno, y también muy económico, porque se puede utilizar casi toda su capacidad calorífica. Como es muy puro y no tiene azufre, aventaja mucho á la hulla para las aplicaciones industriales. Su uso es muy ventajoso para la producción del vapor, porque se puede regular la llegada del aire de una manera constante, sin que la abertura de las puertas ocasione enfriamientos. Por otra parte, no se necesitan hombres más que para vigilar la alimentación del agua; y hasta se puede prescindir de ellos si se quieren emplear aparatos automáticos. Las calderas duran también mucho más tiempo, pues no han de temerse los peligrosos efectos de las dilataciones y contracciones producidas por las corrientes de aire frío que vienen á dar directamente sobre las paredes candentes de las superficies de calefacción.

Mister Ford, una de las primeras autoridades del día sobre la materia, ha hecho numerosos análisis del gas natural, habiendo reconocido que su composición es muy variable de un pozo á otro. Así, por ejemplo, su proporción de nitrógeno varía de 0 á 23 por 100, y la de oxígeno de 0,4 á 4 por 100; el gas natural de 50 á 72 por 100 de gas de los pantanos, y de 9 á 35 de hidrógeno puro; además contiene gas oleífero, óxido de carbono, etileno y otros.

Diffícil es hacer un cálculo sobre la permanencia de las enormes cantidades de gas que hay en Pensilvania; pero cuando se ven los territorios del aceite, que dan 70,000 barriles de petróleo diariamente, y cuyo producto aumenta más y más desde hace veinte años, no se puede menos de admitir la opinión de las personas competentes, las cuales piensan que la región gasífera bastará para satisfacer las necesidades de las fábricas y talleres de Pittsburgo y de sus alrededores por lo menos durante la generación actual.

En un reciente informe, M. J. Lowthian Bell observa muy acertadamente que los enormes volúmenes de gas producidos por los pozos de que se trata inducirían á creer, á menos de admitirse una condensación bajo presiones que excediesen á cuanto se puede imaginar razonablemente, que hay en el país cavidades subterráneas de una extensión no menos difícil de calcular. Además, añade, como se demuestra que la considerable presión bajo la cual sale el gas no ha variado sensiblemente desde hace algunos años, debe deducirse que el flúido se va formando constantemente á medida que se consume, en virtud de una reacción que aun no conocemos.



ALUMBRADO POR EL GAS NATURAL EN PENSILVANIA (cercanías de Pittsburgo)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

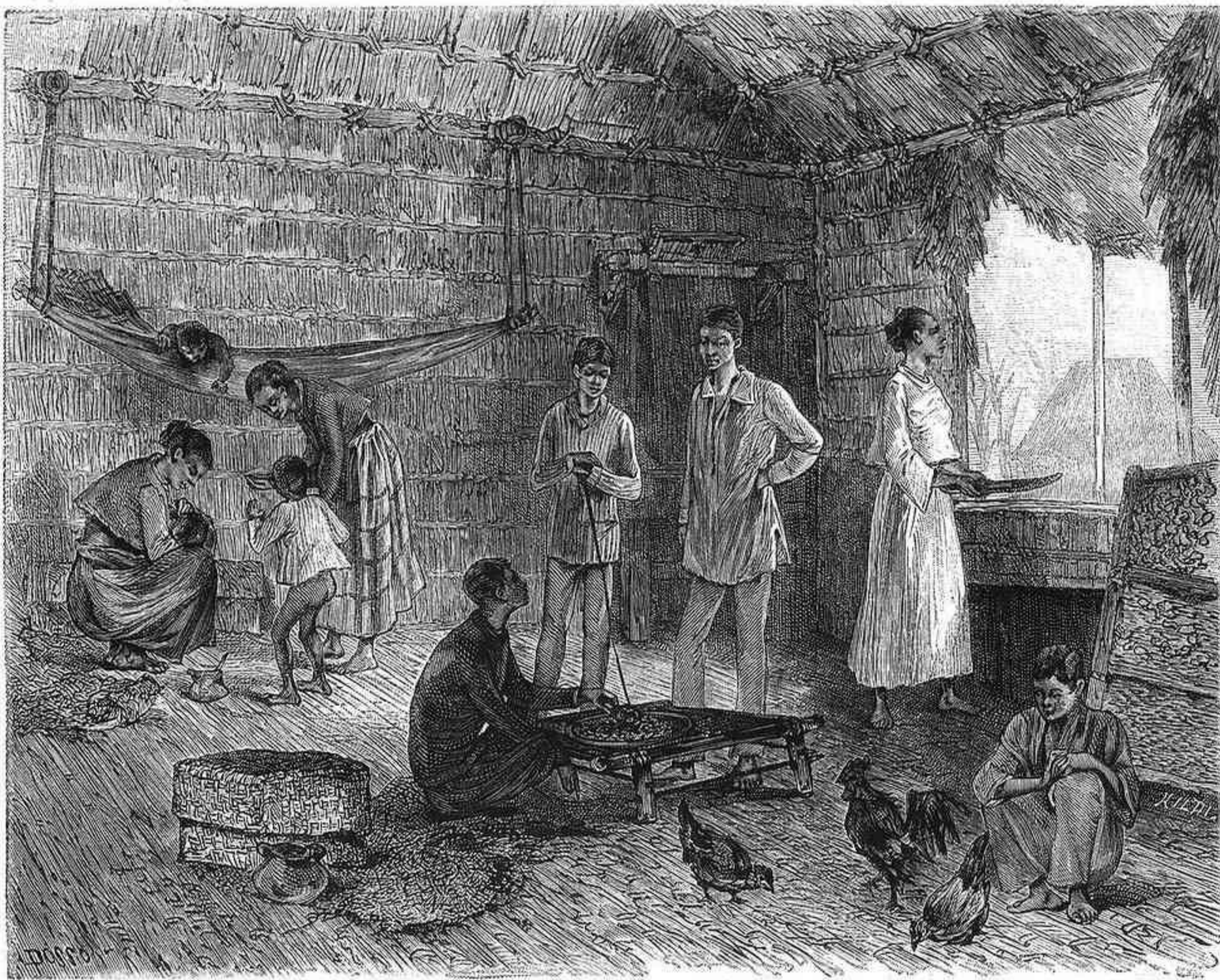
(Continuación)

En estos pueblos, á la vez indolentes é impresionables, todo acontecimiento hace olvidar muy pronto el que le ha precedido. Marcados indicios nos inducen á creer que hallaremos otra caverna, y vamos á buscarla: será una excursión agradable, porque el promotor fiscal, señor Ruiz Obregón, quiere ser de la partida.

Emprendemos la marcha á las seis de la mañana: yo monto uno de los mejores caballos de la provincia, caballo acostumbrado á conducir á su dueño al trote largo á través de los campos; y avanzamos por el camino que, pasando por Legaspi y Libog, contornea la vertiente oriental del Mayón. El terreno, excelente, parece de ceniza negra endurecida por la lluvia; la vía, ancha y bien conservada, tiene pocos puentes, pero los arroyos que bajan del volcán se pueden vadear sin dificultad. Poco más allá de Legaspi entramos en el terreno del último cataclismo, que fué desastroso, habiendo costado la vida á

centenares de habitantes (1). Aquí no hay ya casetas, porque todas quedaron destruídas; el terreno está cubierto de una ceniza fértil, sembrada de masas de lava; á la izquierda elévase la sombría pendiente del Mayón; á la derecha se extienden las aguas tranquilas y azules del golfo de Albay, estrechadas entre alturas cubiertas de verde; y á lo lejos divisase el Océano Pacífico. Algunas velas que se deslizan sobre las aguas comunican al paisaje un carácter grandioso é imponente, por el carácter de su fragilidad con las masas que nos dominan; y en este

(1) La última erupción (lavas y cenizas) ocurrió en 1877; en 1875, el viento y las lluvias torrenciales de un ciclón, arrastrando las materias de la cima del cráter, sepultaron á 1,500 víctimas. En julio y diciembre de 1881 produjéronse nuevas erupciones de lavas y cenizas.



Viaje á Filipinas.—Interior de una cabaña bicola

conjunto majestuoso extiéndese una luz gris, dulcificada por los grandes árboles, cuyos contornos parecen flotar inciertos sobre un océano de follaje.

Muy pronto salimos del perímetro devastado, y al punto reaparecen las casetas, tan risueñas como la fisonomía de sus habitantes: todo este país es un jardín encantado. Nos detenemos para tomar un nuevo guía en la plaza de Libog, pueblillo que ofrece el aspecto de todos los demás: iglesia y campanario de piedra, convento, y edificio del tribunal, que circunscribe la plaza céntrica, de donde arrancan las principales calles, sombreadas por las palmeras, ó por las espesuras de cañas. A esta temprana hora de la mañana las mujeres salen del templo, cubierta la cabeza con el velo tradicional, y se alejan contoneándose graciosamente. El guía llega muy pronto; es un cua-

drillero, buen tipo de los de su especie; su traje se reduce á un calzón muy corto, cubriendo su cabeza un *salaco* (2); la brida de su caballo es un simple roncal; la silla carece de cincha; y en cuanto al cuadrúpedo, es muy asustadizo, pero un cuadrillero indígena aventaja al árabe en el arte de sacar partido del animal más rehacio, y nuestro guía nos sigue al galope tendido que nuestras monturas toman al salir de Libog. Saliendo del camino llano, continuamos la marcha á través de arroyos y arrozales; las nubes parecen rasar la tierra y resuélvense al fin en una de esas copiosas lluvias de que sólo serían una pálida imitación nuestros más recios temporales; pero nos refugiamos en el pequeño caserío de San Andrés, en el que uno de nuestros muchachos debe desempeñar una comisión: lleva á una joven indígena la *Historia de los amores de dos amantes célebres*, que es la *Iliada* del dialecto bicol.

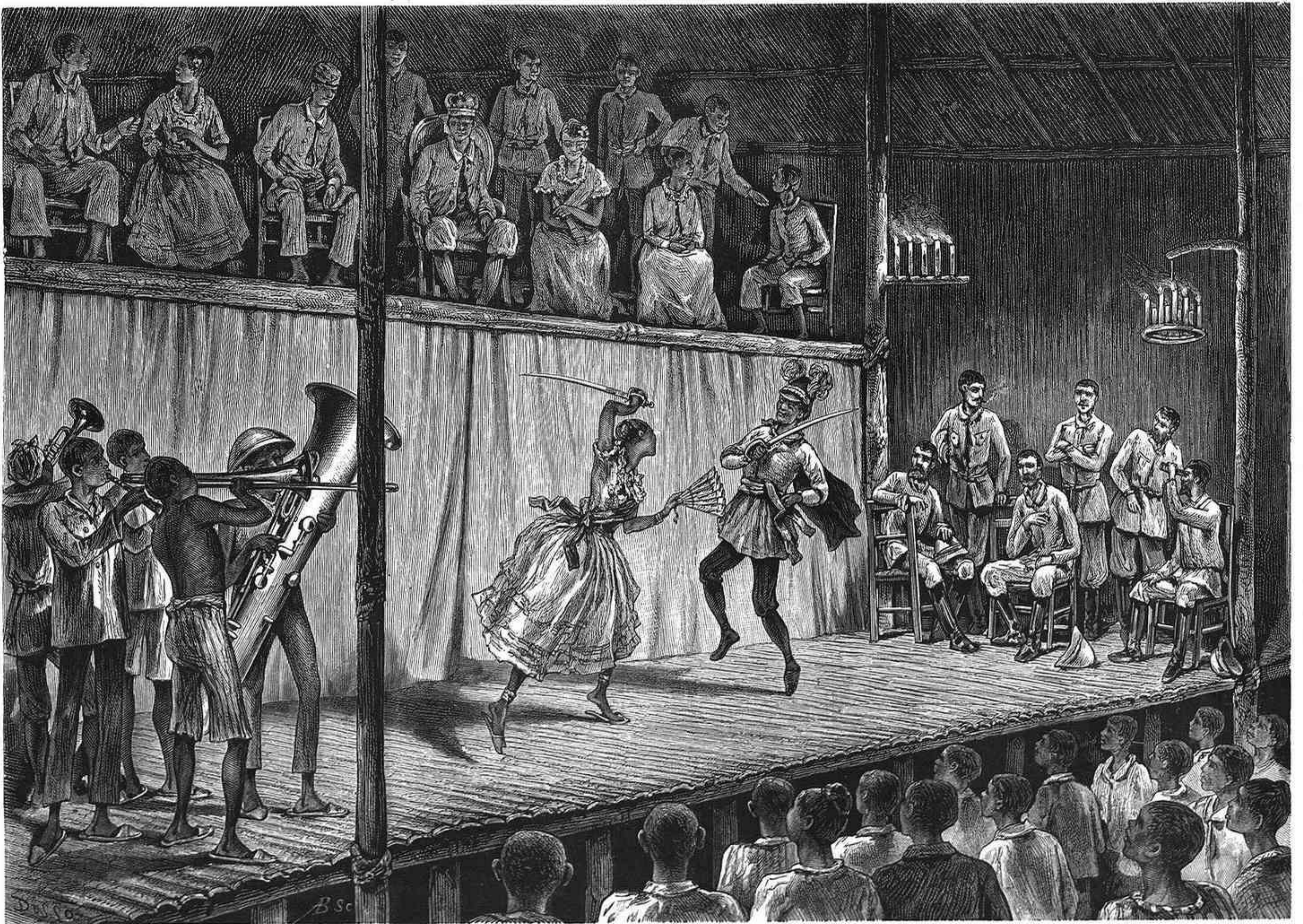
La perfección de esta epopeya ha debido desanimar á los poetas, pues me dicen que es la única obra del país que se puede leer. Las cualidades intelectua-

les de los indios nada tienen que ver con el razonamiento y el análisis; en estos pueblos, dominados únicamente por sus sensaciones é instintos, el estudio delicado de un sentimiento no encontraría modelo ni lectores; de modo que el autor suele contentarse con el desarrollo de una aventura trivial, en la que su pluma aglomera descripciones de insostenible extensión.

La caseta donde dejamos la famosa epopeya es semejante á la de todos los indígenas agricultores. En la provincia reina el bienestar, pero en estos climas, donde la vida es tan fácil, sólo se reconoce á primera vista la abundancia por el número de búfalos y la buena conservación de las casetas.

(Continuará)

(2) Sombrero en forma de sombrilla.



Viaje á Filipinas.—Moros-Moros, comedia y baile en el teatro de Albay

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN